

# Enseñáme

a

Volgar

Christian  
Martins





ENSÉÑAME  
A VOLAR

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN MARZO 2021

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2021 CHRISTIAN MARTINS

A mis chicas Martins.  
A las que siempre están.  
A las que nunca me fallan.  
Vengan tiempos buenos o malos, siempre ahí, al pie del cañón.

No te quedes sentada esperando algo  
que no sabes si algún día sucederá.  
Enséñame a volar  
Christian Martins

Estoy sumida en la oscuridad absoluta; no veo nada. Absolutamente nada. Intento recordar dónde estoy o cómo he llegado hasta aquí. ¿Estoy en mi casa? ¿Estoy en el piso de MJ? No lo sé. No consigo recordarlo. Lo último que recuerdo es el examen de literatura. Intento moverme, pero no lo consigo. Siento mis extremidades muy pesadas, como si mi cuerpo se hubiera transformado en una roca de toneladas, inamovible. Es como si, de repente, la gravedad hubiera cambiado y me estuviera atrayendo constantemente hacia el suelo. Quiero gritar con todas mis fuerzas, pero no consigo reproducir ningún sonido. ¿Me han secuestrado? ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy paralizada?

—¡AYUDA! —gritó, pero esta vez el sonido también se pierde en el limbo y no llega a exteriorizarse.

Y entonces, lo escucho.

Proviene de la lejanía y llega hasta mí como un susurro, pero si me concentro mucho puedo apreciarlo con claridad. Es un llanto. Es el llanto de mi madre.

—Julie... Julie —murmura con la voz rota, hipando, angustiada.

—No llores, Isabella, por favor.

También reconozco esa voz. Es Rick, mi padrastro.

—¿Cómo no voy a llorar? ¡Es mi niña! ¡Mi niña!

—Isabella, piensa que quizás te esté escuchando... No llores. No la angusties —dice Rick empleando un tono de voz esperanzador—. Ya has oído al doctor, ¿no? Son muy positivos con el diagnóstico, así que tú también deberías serlo.

Ella llora con más fuerza. Puedo sentir su dolor, aunque no pueda verla.

“No llores, mamá...” Pero no importa lo que intente decir, porque mi voz no se exterioriza. ¿Estoy muerta?, me pregunto a mí misma, confusa. Sigo sin comprender qué es lo que está pasando.

—Ella necesita escuchar cosas alegres, Isabella... —le recuerda Rick—. Esto no la ayudará en nada.

—¡Vete! —grita mi madre. Su voz suena tan rota que yo también siento ganas de llorar—. ¡Vete! ¡Déjame a solas con ella!

Quiero gritar. Quiero llorar.

Estoy asustada y tengo miedo. No sé dónde estoy, ni qué ocurre, ni por qué no puedo ver a mi madre. “Mamá, estoy aquí...”, quiero decirle. Pero mi voz no suena. No siento mi

cuerpo, ni mis brazos, ni nada. "Estoy muerta", pienso, una y otra vez, repitiéndomelo. Pero no puede ser, ¿no? No tendría ningún sentido que Rick dijera lo que ha dicho si así fuera. Entonces, ¿qué ocurre? ¿Por qué no reacciono? ¿Por qué no soy capaz de moverme, de despertar?

Durante horas, muchas horas, lo único que escucho es el llanto de mi madre. La angustia que siento va creciendo en mi corazón hasta que... ¡Un momento! ¡Mi corazón! Intento dejar la mente en blanco y concentrarme todo lo posible hasta que, al final, ¡lo escucho! ¡Escucho los latidos de mi corazón! ¡Estoy viva!

Continúo concentrándome y consigo escuchar el sonido de unas máquinas que liberan pitidos. "Pi, pi, pi...", suena en bucle, una y otra vez. ¡Estoy en un hospital! ¡Estoy viva y estoy en un hospital!

—¿Isabella? He venido lo antes que he...

La voz de mi padre inunda la habitación y la angustia de mi pecho crece junto a la esperanza. La frase se interrumpe, quedándose en el aire y dejando lugar a un llanto. Un llanto al que se le suma el disgusto y la ansiedad de mi madre. Me los imagino ahí, juntos, abrazados. Nunca han tenido una buena relación y nunca se han llevado demasiado bien, pero supongo que a la hora de la verdad están unidos. Cojo aire profundamente... ¡Cojo aire! ¡Puedo coger aire y siento mi corazón! Lo que, evidentemente, significa que estoy aquí. Que tengo un cuerpo que yo no siento. ¿Y si me he quedado tetrapléjica? ¿Y si a partir de ahora tengo que estar en una silla de ruedas? No entiendo nada. No sé cómo he terminado en este lugar ni qué es lo que me ha sucedido; y tampoco entiendo por qué no veo nada de lo que me rodea. Por mucho que me esfuerce, lo último que soy capaz de recordar es mi examen de literatura. Nada más. Después, todo está en blanco.

—Nuestra niña, Sully, es nuestra niña...

—Lo sé, lo sé —la calma papá, siempre con su voz relajada y su patente optimismo—. Tenemos que ser fuertes por ella, Isabella —asegura—. Saldrá adelante. Julie es una chica fuerte, podrá con ello...

"¿Podré con qué? ¿Qué es lo que tengo que superar?", pregunto, pero la voz sigue sin salir al exterior. El miedo y la ansiedad que sentía al principio comienza a transformarse, poco a poco, en un sentimiento de ira y rabia. No entiendo nada, pero ya no estoy asustada. Ni siquiera soy consciente del tiempo que llevo ya de esta forma. Escucho voces; escucho hablar a varias enfermeras y escucho a mis padres. Escucho también a varios médicos decir que tienen que tener paciencia, que esto es un proceso lento. "¿Un proceso lento?".

En algún momento escucho a Phoebe, mi mejor amiga. Mi madre ya no está, pero

también intuyo un poco más lejanas las voces de Karen y Mary.

—¿Y si le ponemos música? —pregunta Karen con su habitual tono inocente.

—Vaya, tiene muy mala pinta, ¿no? —suelta Mary.

—Cállate, que no sabemos si puede oírte... —le recrimina Karen.

—La verdad es que sí —murmura Phoebe, cercana a mí. Siento su voz tan cerca que tengo la sensación de que, en cualquier instante, mi amiga alargará el brazo y me sacará de esta penumbra en la que estoy sumida—. ¿Podéis marcharos? Necesito estar con ella a solas unos minutos.

Mis amigas se quedan en silencio, pero después escucho la puerta e intuyo que, en efecto, se han marchado. “¡Sácame de aquí, Phoebe!, ¡sácame de aquí!”, intento gritar. Pero nada. No consigo emitir ningún sonido.

—Siento mucho lo que pasó, Julie —murmura Phoebe con la voz dolida—. No esperaba que nada de esto sucediera, no queríamos... —hace una pausa—. No queríamos hacerte daño.

Phoebe está llorando, y eso sí que consigue volver a asustarme porque mi amiga nunca llora. En realidad, creo que Phoebe es la persona más fuerte y luchadora que conozco. “Ojalá pudieras estar aquí conmigo”, pienso, “ojalá pudieras decirme cómo salir de esta...”.

—Intenta aguantar, ¿vale? —me dice con congoja—. Y procura no morirte...

“Procura no morirte...”.

Su última frase se repite en mi cabeza, una y otra vez. Estoy en un hospital, no siento mi cuerpo ni veo nada, no tengo noción del tiempo, no me alimento ni me hidrato, mi madre no para de llorar y mi mejor amiga me suplica que no me muera. No sé qué me ocurre, pero sospecho que es algo lo suficientemente grave como para que todos estén preocupados por mí.

—Y perdóname, de verdad. Perdóname.

“No tengo nada que perdonarte, Phoebe”.

Poco después, se escucha la puerta cerrarse. Ni ella, ni Karen ni Mary vuelven a entrar dentro. Todo vuelve a quedarse en silencio y, una vez más, lo único que percibo es el sonido del latido de mi corazón y los pitidos que liberan las máquinas que escucho de fondo. No sé cuánto tiempo paso de esta forma. En algún momento vuelvo a escuchar el llanto de mamá, pero no consigo identificar nada más. ¿Cuánto tiempo llevo así? ¿Días? ¿Semanas? La voz de Phoebe vuelve a llegar a mí en una o dos ocasiones más. Suena lejana y distante, dolida y triste.

—Debía de ser una chica guapísima —dice alguien que no conozco.

—Es una pena que estas cosas les sucedan a personas tan jóvenes... Pobrecita —

dice otra voz que no conozco—. Tenía toda la vida por delante.

¿Enfermeras? ¿Celadoras?

No las conozco y ni siquiera sé quiénes son, pero no paso por alto el verbo en pasado. “tenía toda la vida por delante”. Tenía. Ya no la tengo. ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué diablos estoy así? ¿Qué ha ocurrido?

Intento desbloquear mis recuerdos, pero no soy capaz de avanzar más allá del maldito examen de literatura. ¡No entiendo nada!

Quiero gritar y sacar todo el odio y toda la rabia que me está carcomiendo internamente. Quiero sentir mis brazos. Quiero pegar con los puños en la pared. Quiero darle una patada a algo. Quiero sentirme viva. Quiero sentir dolor, o algo. Cualquier cosa. Frío, calor... Lo que sea. Las voces desaparecen y no regresan. Pasan horas. Muchas horas. Quizás días. No vuelvo a escuchar a mi madre, ni a Rick, ni a papá. ¿Dónde diablos se han metido? ¿Me han abandonado?

Me siento sola. Pero, lo peor de todo, es que me siento perdida. Me imagino mi cuerpo inerte sobre la cama.

—Hola, Juls... Siento mucho haber tardado tanto en aparecer por aquí.

Es MJ.

Su voz suena muy lejana, pero consigo escucharla con claridad. Los latidos de mi corazón se aceleran, puedo notarlo.

—Ya sabes cómo soy y..., ya sabes que los hospitales nunca me han gustado —admite, sincerándose—. Estas cosas nunca se me han dado bien. Además, bueno, después de cómo terminó todo necesitaba un tiempo para pensar y recapitular... No sé si me estoy explicando.

Hace una pausa muy larga. Una pausa eterna.

Por un instante, pienso que se ha marchado y que ya no está, que se ha ido, pero después vuelvo a escuchar su voz.

—Te he traído flores. Son margaritas, tus favoritas —explica—. Sé que no te gustan que te regalen flores, pero... Bueno, creo que ahora mismo son un buen regalo. Huelen muy bien.

Inhalo profundamente y, al hacerlo, me doy cuenta de que puedo percibir un aroma dulzón que no tiene nada que ver con las margaritas, sino con el perfume de MJ. Quiero reír como una loca al percibirlo, porque ese simple hecho me recuerda que sigo aquí. Sigo viva. No sé qué me está pasando, pero escucho, huelo, y puede que algún día, consiga mover un brazo y abrir los párpados. No lo sé.

—Siento mucho lo que pasó —me dice—. Sabes que ninguno de los dos queríamos hacerte daño y, bueno, sabes que todo esto es muy difícil para mí.

“Te echo de menos, MJ”, pienso con el corazón en un puño. “Te echo tanto de menos...”.

Me encantaría poder sentir su abrazo, su calor, su tacto... Pero tengo que conformarme con su aroma y con escuchar su voz. “No te vayas, por favor”, suplico internamente a pesar de saber que no lograré decir nada.

—No fue algo planeado, ni mucho menos... La quiero —confiesa, aunque no entiendo de qué me está hablando—. No sé cómo, pero me enamoré de ella sin querer... Y espero que, estés donde estés, puedas perdonarme.

“¿Te enamoraste de ella? ¿De otra? ¿De quién?”

Siento cómo mi corazón empieza a resquebrajarse en mil pedazos mientras él me confiesa su traición. MJ no solo era mi pareja, sino mi mejor amigo. Mi mitad. Mi mundo entero. Éramos la pareja perfecta, y no porque yo lo dijera, sino porque todo el mundo así lo creía. Siempre unidos, siempre haciendo equipo y siempre enfrentándonos a la vida juntos. “No puedes hacerme esto”, pienso.

—¡Joder! —grita—. ¡Eh, un médico, un médico! —exclama a voces, antes de desaparecer.

Y no vuelvo a escucharle más.

Los pitidos de la máquina se aceleran y empiezan a llegar otras voces diferentes, otras que no conozco. Supongo que son médicos o enfermeros, no lo sé. Puede que, por fin, toda esta maldita pesadilla termine. Puede que me esté muriendo y que no vaya a despertarme de esta pesadilla jamás. No lo sé. Unos minutos después todo se queda en silencio. Es un silencio tan absoluto, tan profundo, que me hace pensar que de verdad he fallecido. He muerto.

—Creo que ha llegado el momento de desenchufarla —escucho decir a alguien—. No creo que seguir tenga mucho más sentido... ¿Sabéis si es donante de órganos?

—Aquí no pone nada —responde alguien—. Creo que tendríamos que llamar a la familia y preguntarles a ver qué quieren hacer.

—Yo hablaré con la madre —dice otro—. La he visto esta mañana por aquí.

“Ya está”, pienso, “ya se ha acabado todo... Voy a morir, van a acabar conmigo”.

El corazón se me vuelve a acelerar y siento una ola de calor recorriendo mis extremidades. “No puedo morir”, pienso con convicción, como si estuviera prohibiéndomelo. No puedo permitir que me desconecten, que terminen con mi vida sin siquiera concederme la oportunidad de decirle adiós a mi madre, a mi padre, a Rick, a Phoebe. No puedo desaparecer sin antes hablar con Mj, sin preguntarle por qué me ha dejado de querer.

—Iré preparando las gestiones —dice el primero, alejándose de mí.

—¿Le pongo el suero, entonces?

—Pónselo...

No puedo morir. No quiero morir.

—Un momento, ¡eh, esperad! —grita un hombre, seguramente el que estaba a punto de ponerme el suero—. Está moviendo la mano. Acaba de mover la mano...

Y entonces, los veo. Están frente a mí, inclinados sobre mi cuerpo. Tengo la visión borrosa y, aunque intento hablar, no consigo decir nada.

—¿Cómo se llamaba esta chica? —pregunta el hombre de bata blanca que está junto a mí, sujetándome de la mano. Intento apretarle los dedos, pero no puedo—. Tranquila, chica, tranquila... Estate tranquila y no hables.

Le miro fijamente, sin comprender nada.

Estoy asustada.

—Estás entubada, así que no puedes hablar. No lo intentes. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Intento asentir con la cabeza, pero siento mi cuerpo tan pesado que no sé si lo consigo. El hombre de la bata me alumbra las pupilas con una linterna, cegándome.

—Reacciona bien —dice—. ¿Me podéis pasar la historia de esta chica y avisar al neurólogo de guardia?

—Ahora mismo —responde una voz femenina.

No consigo ver a quién pertenece.

Me duele la cabeza horrores. Intento levantar un brazo, pero no puedo. ¡No puedo mover mi cuerpo!

—Veamos, Julie —dice el hombre con voz pausada y muy calmada—. Necesito que te tranquilices y que me escuches.

¡No puedo mover mi cuerpo!

Soy consciente de que, aunque no consigo hablar y a pesar de tener un tubo metido por la garganta, libero algún sonido extraño e incomprensible.

—Tranquilízate... —repite una vez más—. Concéntrate en mi voz y en lo que voy a explicarte. Si entiendes lo que estoy diciendo, parpadea dos veces seguidas.

Lo hago. Parpadeo dos veces seguidas, rápido.

—Está bien, Julie... Estás en el hospital de Bellevue. Te trasladaron aquí hace dos meses después de sufrir un accidente de coche.

¿Dos... meses? ¿Llevo aquí metida dos meses? Tengo ganas de llorar, así que no me contengo. Siento cómo las lágrimas se deslizan sigilosamente por mi mejilla.

—Sufriste un derrame y te tuvimos que operar de urgencia, y dada la gravedad de las lesiones, optamos por inducirte el coma... Consideramos en su momento que lo más

apropiado era reducir al máximo la actividad cerebral y evitar posibles daños secundarios. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Le miro fijamente sin ser capaz de asimilarlo. ¿Un accidente de tráfico? ¿Hace dos meses?

—Julie, si me entiendes, parpadea dos veces.

Repito el gesto. Parpadeo.

Intento levantar la mano, pero no puedo. No consigo hacerlo.

—No puedo asegurarte que vayas a recuperar el cien por cien de tus capacidades, pero sí puedo asegurarte que esto será pasajero y que así no vas a quedarte —me dice con convicción—. Van a sacarte el tubo de la garganta, ¿vale? ¿Estás preparada?

Asiento de nuevo, parpadeando otras dos veces.

Siento cómo algo áspero recorre mi garganta, provocándome arcadas. Contengo las ganas de vomitar hasta que, al final, cojo una profunda bocana de aire por la boca. El aire me quema, me arde, pero aún así sigue siendo una sensación gratificante.

Dos minutos después, aparece una horda de médicos y enfermeros cargados con mascarillas, aspiradores y un sinfín de herramientas.

—Hola, Julie —me dice uno de ellos, el que parece dirigir el grupo—. Bienvenida de nuevo a la vida.

Sonrío, justo antes de echarme a llorar. Siento cómo las lágrimas húmedas y calientes recorren mi rostro y me doy cuenta de que, por fin, soy libre.

He escapado de la pesadilla.

Miro a mi madre, que está durmiendo en la butaca que hay junto a la camilla en la que estoy tumbada. Me fijo en sus tirabuzones rojizos y en su color pálido de piel. Parece agotada. Sus ojos están enmarcados por unas profundas ojeras y, aunque duerme plácidamente, su gesto delata el cansancio y el sufrimiento por el que ha pasado estos dos últimos meses. Dos meses. Parece poco, pero ser realmente consciente de que he perdido dos meses de mi vida me ha dejado en shock. Hace más de sesenta días que esta habitación es mi hogar. Hace más de sesenta días que estos aparatos y respiradores me acompañan. Hace más de sesenta días que no muevo un pie, que no doy un paso.

Levanto la mano con esfuerzo y me retiro un mechón rebelde del rostro a manotazos. Todavía no coordino demasiado bien ciertos movimientos, pero consigo mover la parte superior de mi tronco con facilidad. Según los médicos, hay algunas cosas que tardaré más en aprender: el efecto pinza, por ejemplo. Agarrar algo con fuerza con las manos o coger un tenedor y partir un pedazo de carne será más complicado. "Para eso está la rehabilitación", dijo el neurólogo. "Algunas personas avanzan con más celeridad y otras, en cambio, van más despacio". Todos me dicen que volveré a comer sin ayuda y que escribiré en un cuaderno sin complicaciones, como si esto jamás me hubiera sucedido. Lo que realmente les preocupa a los especialistas son mis piernas. Mis malditas piernas. No puedo moverlas; ni siquiera un ligero y leve movimiento. Cojo aire profundamente y me concentro en el dedo gordo de mi pie. Los doctores no paran de pasarme plumas y cachivaches por las plantas de mis pies, esperando encontrar algún tipo de reacción, sin éxito.

En un rato me sacarán de la camilla y me llevarán a hacerme un escáner. Según el neurólogo, puede que los daños cerebrales hayan sido lo suficientemente importantes como para dejarme el resto de mi vida en silla de ruedas. "En realidad, Julie, quiero que no te desanimes y que entiendas que esto es un milagro. Que estés aquí, consciente, con nosotros, es un auténtico milagro. Si te soy sincero, la estadística no estaba a tu favor", me explicó, sin darme demasiadas esperanzas.

Y sí, supongo que sí, que debería alegrarme y estar feliz. Pero no puedo. No lo consigo. Me he despertado, pero no soy la misma chica que era cuando me atropellaron. No me reconozco.

—Me ha mandado un mensaje Phoebe —dice mi madre en voz alta—. Otro más... Quiere venir a verte.

Niego rotundamente, sacudiendo la cabeza.

—No —le digo, y me vuelvo a sorprender al darme cuenta de que mi voz tampoco suena a mí.

Es como si me hubiera olvidado hasta de hablar.

—Por Dios, Julie, te vendría genial ver a una amiga y hablar de vuestras cosas —me dice, prácticamente en una súplica—. De chicos, de clase... Lo que sea.

Vuelvo a negar con la cabeza.

Si comunicarme no me resultase un esfuerzo tan grande, le explicaría que no quiero que nadie me vea así. Aún no he aceptado la imagen que me devuelve el espejo, así que no estoy preparada para ver cómo reaccionan los demás al verme. “Ya llevan viendo cómo te consumes dos meses, Julie”, me recuerdo. Pero supongo que no me importa y que no es lo mismo. Ahora estoy despierta, estoy consciente.

—Le diré que necesitas descansar —suspira mi madre—. Pero me encantaría que vieras a alguien, Julie... Por favor.

En ese instante Rick cruza la puerta, librándome del deber de continuar con la conversación. Luce una sonrisa de oreja a oreja, feliz. Rick es así; siempre está de buen humor. Creo que es la persona más optimista que he conocido en la vida, y aunque a priori puede parecer un rasgo positivo, diré que en algunas ocasiones puede llegar a desquiciar. La vida no es siempre de color de rosa, también tiene blancos y negros. Y, en esta precisa etapa, estoy sumergida en un gris muy oscuro.

—¿Qué tal está la chica más guapa de toda la planta? —me pregunta, sin borrar esa tediosa sonrisa de complicidad.

Le lanzo una mirada fulminante, sin responder.

—Rick... —protesta mi madre, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? ¡Ah, claro! —exclama—. ¡Perdóname, Julie! Quería decir la chica más guapa de todo el hospital...

Vuelvo a fulminarle con la mirada, pero él se limita a guiñarme un ojo sin molestarse. Rick es así.

Todos nos quedamos en silencio un buen rato, así que puedo sentir la tensión que se forma en el ambiente. A veces prefiero estar sola, conmigo misma. No sentirme en la obligación de responder a las absurdidades de los demás, ni tener que pensar en cómo me ven. Cuando estoy sola, puedo echarme a llorar sabiendo que no haré sentir a nadie incómodo.

—¿Enciendo la televisión? —pregunta Rick.

—Estupenda idea —asiente mi madre, intentando aparentar cierta felicidad inexistente—. He oído que esta noche empieza el nuevo reality show, ese en el que

mandan a gente a una isla y...

Sí, digo aparentar porque sé muy bien que en el fondo no está feliz.

Puede que el hecho de haberme despertado del coma haya supuesto un alivio para ella, sí, pero también sé que ninguna madre puede recibir con felicidad la desagradable noticia de que, casi con seguridad, su hija no volverá a caminar. No. No puede estar feliz por mucho que intente poner la mejor de sus sonrisas y seguirle el juego a Rick.

—Mamá —corto con rapidez—, no quiero ver la televisión.

Los dos me miran, sin saber qué decir.

—¿Y qué quieres, cariño? —inquire ella.

Los miro fijamente, sintiéndome indefensa y pequeña. Es como si, de pronto, yo fuera la mala de la película. La chica desagradable que les trata mal a pesar de lo mucho que me están intentando ayudar...

—Quiero estar sola —murmuro, por fin—. Quiero estar sola.

Lo repito dos veces, por si no queda claro.

—Está bien —admite mi madre—. ¿Por qué no te marchas a casa a descansar, Rick? —pregunta—. Yo iré a por agua fresca para las flores y te traeré algo de cenar, ¿te parece?

—Me parece una buena idea —admite Rick—. Creo que os merecéis pasar una noche de chicas sin...

—No, mamá. Tú también te vas a casa —señalo, a pesar de saber el daño que le causaré—. Quiero estar sola. No quiero compañía.

Ella me mira, boquiabierta, sin saber qué decir.

—Necesito estar sola —señalo, dejándolo muy claro.

Sus ojos empiezan a empañarse, pero antes de que pueda romper a llorar y montar una escena, Rick coloca una mano sobre su hombro de forma conciliadora.

—Mañana será otro día —dice mi padrastro, procurando ser lo más comprensivo posible—. Vámonos, cariño... Julie necesita descansar y estar tranquila.

Mi madre traga saliva, conteniéndose, y asiente con la cabeza.

—Vale... —murmura, sin ocultar el dolor en su tono de voz.

Giro la cabeza hacia la ventana y concentro la mirada en un punto fijo de la lejanía. Ni siquiera me fijo en lo que estoy viendo, solamente me mantengo de espaldas a ellos hasta que cierran la puerta y desaparecen de mi cuarto, sin decir adiós.

Cuando por fin estoy a solas conmigo misma, lloro. Llora y llora mientras dejo escapar toda la frustración que me carcome y todo el dolor que siento en mi interior. ¿Por qué diablos no soy capaz de recordar absolutamente nada del accidente? ¿Por qué no encuentro la forma de mover los pies? ¿De mover las piernas? ¿Por qué ha tenido que

sucedarme esto a mí? ¿Por qué estaba en la carretera y no en clase?

No volveré a caminar por la orilla del mar, ni subiré una montaña, ni correré hasta quedarme sin aliento. Puede que nunca más consiga bajar unas escaleras por mis propios medios y, lo más probable, es que de aquí en adelante necesite ayuda incluso para darme una ducha. ¿Qué sentido tiene vivir así?

También sé lo que ocurrirá cuando vuelva al campus; por descontado, me convertiré en la "rarita que tuvo el accidente de coche" y todo el mundo cuchicheará sobre mí al pasarme de largo. Imagino que terminaré hartándome de ello y que, al final, decidiré estudiar a distancia, desde casa.

Aún no sé nada de la señora Harris, pero algo me dice que no mantendrá mi empleo en la tienda de deporte. ¿Quién quiere que una lisiada en silla de ruedas le venga palos de golf o tablas de surf? ¿Qué sentido tiene que una chica paralítica recomiende la nueva pala de tenis o las innovadoras fijaciones de esquí que acaban de salir al mercado?

Golpeo mis piernas con los puños de mis manos, pero ni siquiera eso me hace sentir dolor. Solamente más y más frustración. Y, sin darme cuenta, me pongo a gritar. Soy consciente de ello porque unos segundos más tarde una enfermera acude a mi habitación de forma precipitada. Cuando la veo entrar me doy cuenta de lo asustada que está.

—¿Qué pasa? ¿Qué te duele? —me dice, angustiada, mientras comprueba mi tensión y mis pulsaciones—. ¿Es la cabeza?

Niego lentamente.

—Voy a quedarme así... —murmuro, confesándome con la desconocida—, y nunca más volveré a ser la misma de siempre.

Ella me mira con compasión.

Es joven, debe de tener unos cuantos años más que yo. Treinta como mucho. Imagino que por esa misma razón será aún más fácil que empaticé conmigo y comprenda cómo puedo sentirme.

—Tranquila... Tranquila... —susurra, abrazándome con cariño—. Todo saldrá bien, ya lo verás...

No intenta engañarme diciéndome que volveré a caminar, porque supongo que en el fondo ella sabe tan bien como yo que lo más probable es que eso no ocurra jamás. Trecy, la enfermera, se queda conmigo unos minutos más hasta que consigo calmarme y recobrar la compostura.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que te traiga algo?

Le digo que no en silencio y, después, desaparece. Tal y como harán todos una vez se pase el periodo de "lástima" que se establece en los códigos éticos y morales del ser

humano. Dentro de seis meses, mis amigas y mis familiares no se acordarán de mí para nada.

Saco el espejo portátil que tengo en la mesita de noche y lo abro. Me han rapado la cabeza y, donde antes había una melena rubia, ahora hay una venda. Estoy mucho más delgada y tengo las mejillas marcadas, dotándome de cierto tenebroso aspecto cadavérico. La mirada que me devuelve la chica que veo es tan apagada y tan triste que me cuesta creer que me pertenece.

—Te echaré de menos, Julie... —murmuro, despidiéndome de mi antigua “yo”.

Aunque, si he de ser sincera, creo que esa chica se perdió hace tiempo. Hace dos meses, para ser precisos.

Aferro el teléfono móvil entre mis manos mientras me debato conmigo misma sobre si debería encenderlo o no. Sé que Phoebe me ha llamado mil veces y me ha escrito otras mil más. Y sé que mis amigas del campus están deseando poder hablar conmigo. Pero no me siento preparada, aunque mi madre no deja de repetirme que hablar con ellas me vendrá muy bien. Cojo aire profundamente mientras pienso en Mj. ¿Por qué diablos no ha venido todavía a verme? No entiendo nada, pero le echo de menos. Me doy cuenta de que, en el fondo, él es la única persona con la que me apetece estar en estos momentos. Él y yo siempre hemos sido un equipo, y quizás eso es lo que más me duele. Que no está aquí. Intento recordar nuestras últimas conversaciones, la última vez que le vi o nuestra última cena romántica. Pero, no puedo. El maldito accidente no solamente me ha robado los últimos dos meses de mi vida, sino mucho más. Atando cabos y recopilando información, he averiguado que el examen de literatura fue hace más de cuatro meses. Lo que significa que los últimos ciento veinte días de mi vida están en blanco, borrados.

Cojo aire y respiro profundamente, preparándome para mantener pulsada la tecla de encendido. Pero justo cuando estoy a punto de pulsarla, la puerta de la habitación se abre y un hombre de bata blanca cuyo rostro no me resulta familiar se adentra, sonriéndome.

—Hola —saludo sin mucho entusiasmo.

Últimamente ando escasa de ello.

—Hola, Julie... Me llamo Brett y voy a ser tu fisio —me explica, presentándose brevemente—. He leído tu informe y he estado hablando con tu neurólogo, así que estoy bastante familiarizado con tu accidente.

Dibujo una mueca de aceptación en el rostro y asiento.

—Vale.

El sigue sonriendo.

¿Por qué todo el mundo tiene que ser tan feliz? ¿Por qué la gente no deja de sonreír?

“Porque ellos no están en una cama postrados”, me respondo a mí misma con retintín.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, sentándose en la silla contigua a la cama.

Me encojo de hombros.

—Todo lo bien que puedo sentirme estando como estoy y dónde estoy.

Él asiente.

—Eso es bueno —asegura Brett—. Lo primero que hay que trabajar en una rehabilitación es la mente —dice, golpeándose varias veces en la sien con el dedo índice—, después va el cuerpo.

Suelto una risita condescendiente.

—La verdad es que la mente me funciona de maravilla... Las piernas no —respondo, cortante—. ¿Tiene solución? ¿Volveré a caminar?

Brett se levanta de la silla y retira la sábana que me cubre. Mis piernas desnudas —y sin depilar—, quedan al aire libre. Ya no uso el camisón del hospital, pero aquí dentro hace muchísimo calor y de entre todos los pijamas que mi madre me trajo, uso los cortos. Brett sujeta mi pie y mi rodilla y me dobla la pierna lentamente. Lo hace repetidas veces.

Yo observo cómo mi pierna sube y baja con una sensación de rabia e impotencia. Es como si esa parte de mi cuerpo fuera totalmente ajena a mí. Como si no me perteneciera. No siento el tacto de las manos del fisio sobre mi piel y tampoco siento el movimiento que realiza mi pierna ni el recorrido de mi rodilla. Trago saliva, conteniendo las ganas de llorar. Brett levanta la mirada hacia mí.

—¿Estás bien?

Asiento, sin decir nada.

Si digo una sola palabra, romperé a llorar.

Él vuelve a apoyar suavemente mi pierna y se queda mirándome, en silencio.

—No pareces estar bien, Julie —murmura en voz baja—. Mira, no quiero meterme donde nadie me llama, pero... Bueno, quiero que sepas que no eres a la primera persona que veo pasar por esta situación. Este es mi trabajo, y para bien o para mal, veo a miles de personas sufrir una invalidez repentina contra la que tienen que luchar. Y todas las que han conseguido superarlo tenían una cosa en común.

—¿Cuál? —pregunto con un tono de voz abatido.

—Que eran fuertes y luchadoras... Venirte abajo no te ayudará en nada.

Le miro a los ojos fijamente. Sé que este es su trabajo y sé que esta charla motivacional forma parte de él, pero también intuyo que lo que me está contando es verdad. Tengo que esforzarme y tengo que querer salir de aquí, porque si no jamás volveré a caminar.

—Has dicho que has visto muchos casos como el mío —murmuro en voz baja—. ¿Y qué puedes decirme basándote en tu experiencia?

Brett suspira.

—¿Quieres saber qué porcentaje recupera la movilidad absoluta?

Yo asiento.

—La absoluta no sabría decirte, Julie, pero puedo asegurarte de que más de un sesenta por ciento recupera parte de la movilidad o vuelve a caminar —me explica—. Tienes la estadística a tu favor, pero tienes que echarle ganas y tomarte en serio la rehabilitación.

—¿Más de un sesenta por ciento vuelve a caminar? —repito.

Él sonríe.

—Mira, Julie... Eres una chica muy joven con una vida muy larga por delante. Solamente tienes diecinueve años.

Brett camina un paso al frente y, de forma inesperada, me sujeta de la mano. Siento su piel suave acariciar el reverso de mi mano, provocándome un escalofrío.

—Intenta que esto no acabe con tu futuro, ¿vale? Saldrás de ello —me sigue asegurando con convicción—. Pero tienes que echarle ganas y actitud.

—Está bien —admito al final, intentando dibujar una sonrisa—. Lo haré.

Es la primera vez que alguien con bata blanca cruza la puerta de mi habitación para decirme que todo saldrá bien y que saldré adelante. En definitiva: es la primera vez que alguien me aporta un rayito de esperanza. Brett rodea la cama, me coge el pie izquierdo por el talón y comienza a hacer movimientos con él.

—Vas a perder masa muscular —me dice—. Bueno, en realidad, ya la has perdido... Pero es importante que salvemos la máxima posible. ¿Qué te parece si vengo a verte dos veces al día mientras estés ingresada?

—Me parece bien —respondo, fijándome en él por primera vez.

Me doy cuenta de que es joven, muy joven.

Supongo que es de los doctores más jóvenes que han pasado por aquí. Tendrá —calculo— entre treinta y tres y treinta y ocho años. Parece simpático y comprensivo, muy cercano. Es alto, moreno y de ojos castaños. No tiene ningún rasgo característico que lo haga especial, como una cicatriz o un lunar marcado, pero tiene unas facciones simétricas y casi perfectas que le dotan de un aspecto irreal. Como si fuera un actor de televisión interpretando un papel y no un médico de verdad.

—¿Sabes cuándo tienen pensado darte el alta?

—No lo sé.

Por alguna razón, creía que hasta que volviera a ser “yo misma” no me marcharía de aquí... Pero claro, eso no es posible. No van a dejarme ingresada hasta que recupere mis recuerdos, me vuelva a crecer el pelo y eche a caminar. Eso es imposible.

—Supongo que te dejarán un par de días más en observación y que después te marcharás —me explica, revisando mi informe—. Todo está bastante bien y las analíticas no muestran nada preocupante. Estás recuperándote bien.

—¿Bien? ¿Qué me estoy recuperando bien? —repito, señalándome las piernas.

Brett sonrío con ternura, como si estuviera armándose de paciencia antes de explicarle a un niño pequeño una lección importante.

—Julie, has sobrevivido a un accidente de coche y un coma... Puede que veas esto como el fin del mundo, pero la verdad es que deberías sentirte muy afortunada. Algunos no tienen tanta buena suerte como tú.

Brett cierra mi carpeta, me lanza una última mirada y se despide de mí sin más preámbulos.

—Te veré mañana —dice a modo de despedida—. ¡Descansa!

Cuando se marcha y vuelvo a quedarme a solas, pienso en todo lo que me ha dicho. Sé que tiene razón, pero... Pero las cosas no son tan fáciles como lo parecen desde fuera. No puedo alegrarme de estar viva cuando soy incapaz de levantarme para ir al baño. Ambas cosas no son compatibles. En cambio, sí puedo dar las gracias por estar aquí y no bajo tierra en un cementerio. Y sí que puedo seguir su consejo y cambiar de actitud, esforzándome por salir adelante.

Respiro profundamente y cojo mi teléfono móvil. Hoy mi madre no vendrá porque se lo he prohibido expresamente, así que tengo todo el día para armarme de valor, pulsar el maldito botón y escribir a Mj. Quiero hacerlo. Hemos pasado por tanto juntos que necesito saber por qué no está a mi lado ahora que le necesito y que las cosas no van bien. Intuyo que algo malo ha sucedido entre nosotros, pero no consigo recordarlo. Es como si los últimos acontecimientos de mi vida estuvieran metidos en el interior de una burbuja que no consigo explotar. Una burbuja impenetrable, por supuesto.

Al final, lo desbloqueo. Me tiemblan las manos cuando decido meterme en la aplicación de mensajes. Hasta ahora no se me había pasado por la cabeza que releer los últimos mensajes que me envié con Mj y mis amigas pudieran ayudarme a recordar algo. Entro en la aplicación y, con el corazón a cien, tecleo el nombre de Mj. Pero no hay mensajes. Es más... ¡Lo tengo bloqueado!

—¿Qué diablos...?

¿Qué ocurrió entre nosotros? ¿Por qué he eliminado todo el historial de mensajes? Recuerdo que solía guardar en favoritos los mensajes que Mj me enviaba para darme las buenas noches, y que en la carpeta de notas iba almacenando las conversaciones más románticas que teníamos. Cuando las cosas se ponían feas entre nosotros, me gustaba releerlas y recordar por qué todo tenía sentido y por qué merecía la pena continuar. Pero esas notas y esos mensajes ya no están, también han desaparecido.

"No entiendo nada", pienso, frustrada.

Puede que Mj y yo terminásemos mal, pero aún así creo que todos los años que hemos

compartido se merecen una explicación y no un final en blanco y vacío. Pulso la tecla de llamada y, de memoria, marco su número. Podría haber buscado su nombre en la agenda, pero quería comprobar que aún recordaba su teléfono sin necesidad de ayuda. Los tonos de llamada comienzan a reproducirse, uno detrás de otro. Me tiemblan las manos y estoy muy nerviosa, pero no me echo hacia atrás. "Sé fuerte y luchadora", me repito, una y otra vez. ¿Cómo diablos voy a enfrentarme a una rehabilitación si ni siquiera soy capaz de llamar a mi novio? O mi exnovio, no lo sé.

—¿Hola?

Su voz al otro lado de la línea me deja helada. Es él.

Respiro profundamente, procurando armarme de valor y responder. Pero no puedo, no soy capaz.

—¿Julie? ¿Eres tú?

Vuelvo a coger aire y a soltarlo. Si no digo nada, terminará colgando la llamada. Y entonces tendré que volver a empezar de cero todo el proceso y esta vez será mucho más difícil autoconvencerme para pulsar la tecla de llamada.

—Sí, soy yo —respondo con un nudo en la boca del estómago—. ¿Cómo... cómo estás?

Ahora es Mj quien se queda sin palabras.

Me lo imagino al otro lado de la línea y puedo ver su cara con tanta nitidez que, si cierro los ojos y alargo el brazo, tengo la sensación de que conseguiré alcanzarle.

—Estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Y entonces rompo a llorar. No quiero hacerlo, pero tampoco puedo evitarlo. Aparto el auricular de mi boca para que no pueda escucharme y me esfuerzo por tranquilizarme sin mucho éxito. Él no dice nada y me concede mi espacio, cosa que yo agradezco. No cuelga. Puedo escuchar su respiración al otro lado de la línea.

—¿Puedes venir a verme? —pregunto mientras me esfuerzo por mantener a raya la congoja.

Él continúa guardando silencio unos segundos más.

—No sé si debería, Julie... No creo que...

—Por favor —suplico—. Por favor, Mj, necesito verte.

No puedo verle, ni sentirle, ni tocarle.

Pero le conozco lo suficientemente bien como para saber que no me dirá que no. No importa lo que haya sucedido entre nosotros; sé que en el fondo le importo y sé que me quiere.

—Está bien —responde finalmente.

Cuelgo el teléfono sin añadir nada más, temerosa de que el simple hecho de

continuar con la conversación pueda hacerle cambiar de opinión. Y en ese momento, justo cuando la llamada se corta y dejo caer el teléfono sobre la sábana que cubre mi regazo, un recuerdo fugaz se desliza con rapidez por mi mente. En su voz. Escucho a Mj de fondo, hablándome... Diciéndome lo mucho que lo siente. Me esfuerzo por ver su cara mientras habla, pero no lo consigo. En mi recuerdo solamente hay oscuridad, terror y soledad... Pienso que quizás pueda tratarse de una pesadilla hasta que, al final, comprendo que es real. Muy real.

Mi madre ha pasado para hacerme una visita y, como no, me ha traído una caja enorme de bombones. Creo que intenta animarme a base de dulces sin comprender que lo último que necesito en estos momentos es ahogar mis penas en chocolate. Dado el escaso consumo de kilocalorías diarias que realizo, calculo que no tardaré más que un par de semanas en transformarme en una ballena.

“Genial, mamá”, pienso, mientras me llevo a la boca otro bombón más. Después cojo el espejo de la mesilla y le hecho un vistazo rápido a mi aspecto. Mj llegará en cualquier momento, así que he decidido adecentarme todo lo posible. Me he puesto colorete y un poco de sombra de ojos, pero nada demasiado llamativo. Solamente lo básico para que mi imagen no se asemeje en exceso a la novia cadáver de Tim Burton. Me toco con cuidado la venda de mi cabeza, preguntándome a mí misma si en esa zona, en el futuro, volveré a tener pelo. Algo me dice que no.

Alguien golpea la puerta de mi habitación, así que suelto el espejo de forma brusca, sobresaltándome. Por suerte, cae sobre el colchón y no termina rompiéndose contra el suelo. Miro hacia la entrada con nerviosismo, esperando encontrar a Mj. Pero no, no es él. Es Brett, el fisio.

—¿Cómo está mi paciente favorita hoy? —pregunta sin borrar esa sonrisa que mostraba ayer.

—¿Soy tu paciente favorita? —repito, asombrada por ese último comentario.

Él asiente mientras se deja caer en la silla que hay junto a mi cama. Coge aire profundamente, como si estuviera tomándose un descanso para reconectar consigo mismo, y lo libera lentamente con los ojos cerrados. Cuando los abre, vuelve a sonreír.

—Sí, eres mi paciente favorita —asegura con convicción—. En lo que llevo de día eres la única que no me ha escupido, insultado o retorcido la mano —dice, señalándose la muñeca amoratada.

Me río tontamente.

—Eso todavía puede cambiar.

Brett suelta una carcajada contagiosa y revisa las notas de su libreta.

—Si me atacas... —murmura, revisándola—, Trecy pasará a ser mi paciente favorita —añade, guiñándome un ojo.

—Bueno, quién sabe... Aún así, me andaría con cuidado —bromeo yo también.

Por un instante tengo la sensación de estar hablando con un amigo y no con un médico del hospital. Brett se frota las manos y se levanta de un salto.

—Bueno, deja de entretenerme... No vas a librarte de la rehabilitación con esas artimañas —asegura con una sonrisa.

Me río tontamente.

—No lo pretendía... Aunque tampoco estoy segura de que todo este rollo de la rehabilitación sirva para algo.

Él me agarra del tobillo desnudo y comienza a mover mi pierna derecha sin prestarme demasiada atención.

—¿Ya se te ha olvidado lo que hablamos ayer?

Me encojo de hombros.

—No sé a qué te refieres...

Brett suelta mi tobillo y comienza a masajearme la pierna. Sus manos se deslizan por mi piel, que hoy sí, está suave y depilada. He tenido que volver loca a una enfermera del turno de mañana para conseguirlo, pero el resultado es lo que realmente importa, ¿no? Además, supongo que tarde o temprano tendré que acostumbrarme a pedir ayuda para hacer... cualquier cosa. Me guste o no, esta es mi vida ahora y tengo que aprender a adaptarme a las circunstancias. Veo cómo sus manos ascienden y descienden con movimientos rítmicos, pero no consigo sentir nada. Es como si mis piernas no formaran parte de mi cuerpo.

—Ya sabes, Julie... ¡Mente positiva!

Asiento con pocas ganas. La verdad es que, en estos momentos, lo último que me apetece es escuchar un discurso motivacional. Se lo agradezco profundamente, sí, pero no estoy de humor. Mi cabeza está demasiado concentrada mientras espera el momento en el que Mj aparezca en el umbral de la puerta con una disculpa y un ramo de flores —sí, espero que sea con flores y no con otra odiosa caja de bombones—.

—Bueno, ya veo que hoy estás muy poco comunicativa —dice Brett, masajeándome la otra pierna con furor—. Así que quizás deba guardarme para mí las dos noticias que tenía que darte.

—¿Dos noticias? ¿Para mí?

Él asiente, haciéndose el interesante, y yo no puedo evitar sonreír.

No sé qué tiene ese chico, pero consigue transmitirme un positivismo que muy poca gente derrocha por estos lares. La mayoría de los médicos se pasean cansados y hastiados de paciente en paciente. Pocos son los que empatizan, y muchos menos aún los que se toman tres minutos de su tiempo para charlar un rato contigo.

—Suéltalo, por favor —le insisto al ver que no dice ni una sola palabra—. Y no te hagas de rogar.

Brett se inclina sobre mí con una sonrisa pícaro que me revuelve las entrañas. Tiene

algo "sensual" que despierta en mí cierto instinto que creía apagado.

—Mañana por la mañana te darán el alta —me susurra casi al oído.

Sobresaltada, pego un respingo.

—¿Ya? ¿El alta? —grito.

Brett vuelve a echarse a reír, como siempre.

—Por un momento he pensado que saltarías de la camilla y saldrías huyendo.  
¿Tantas ganas tienes de irte?

Si he de ser sincera, no tengo una respuesta sincera para esa pregunta. Una parte de mí está deseando dejar atrás estas blanquecinas e impersonales paredes, pero, otra parte de mí, siente verdadero terror a enfrentarse a la realidad. Cuando por fin esté en mi casa sé que tendré que valerme por mí misma y asimilar que esta soy yo ahora. La nueva Julie; una que no siente sus propias piernas, que tiene que arrastrar su cuerpo con la escasa fuerza que posee en los brazos y que no podrá recuperar su vida de antaño. Sé que me va a tocar ser valiente, pero no sé si seré capaz de encontrar la fuerza suficiente como para sobrevivir a todo esto. Creo que no voy a ser capaz de asimilar mi nueva realidad, y eso me aterra. Porque también sé de sobra que, si me hundo, jamás conseguiré salir del pozo.

—Eso parece —respondo para no tener que entrar en detalles—. ¿Y la segunda noticia? ¿Cuál es?

Mi fisioterapeuta sonrío con malicia, como si hubiera estado esperando a llegar a ese instante.

—En realidad, no es una noticia en sí... Es más bien una observación —señala, alejándose en dirección al baño para lavarse las manos en el lavabo.

—¿Y cuál es? —insisto con curiosidad.

—Que hoy estás mucho más guapa que ayer —dice desde allí.

No puedo verle la cara, así que no se interpretar si lo dice en serio o solamente bromea. Puede que lo diga para hacerme sentir bien o puede que, en el fondo, lo piense de verdad. No lo sé, pero se lo agradezco. En estos momentos mi autoestima está por los suelos y cualquier detalle juega a mi favor.

Estoy a punto de responderle cuando, de improvisto, la puerta de la habitación se abre de par en par. No veo a la persona que está ahí porque Brett está frente a mí, tapándome la visión.

—No sé si estoy en la habitación correcta... —murmura el recién llegado.

Es Mj.

Mi corazón da un brinco al escuchar su voz mientras mis recuerdos se ponen en marcha, intentando encontrar la última imagen que tengo de él.

—Sí, es aquí —respondo, aunque no pueda verle.

—Yo os dejo a solas, que supongo que querréis intimidad —dice Brett, antes de volver a girarse hacia mí—. Mañana haremos la última sesión de rehabilitación aquí, antes de que te marches. Y a partir de entonces, te tocará venir al centro. ¿Tienes algún problema con los horarios?

Niego con la cabeza, sin saber muy bien qué decir.

Hasta hacia un par de meses mi única preocupación era estudiar, pero incluso esa tarea ha quedado en el olvido. No creo que regrese a la universidad. O, al menos, no creo que lo haga durante una larga temporada.

No sé qué opinarán mis padres al respecto, pero ahora mismo lo único que quiero es centrarme en mí misma y en mi recuperación. No necesito más preocupaciones ni más dolores de cabeza.

—Está bien. Podría buscarte un hueco al mediodía... ¿Te parecería bien?

—Por supuesto.

—Pues mañana concretamos mejor, ¿bien? Pediré los papeles de tu seguro para meterte en el programa.

Asiento y, de forma inconsciente, desvío la mirada hacia Mj, que está detrás de Brett. Está... irreconocible. Y mucho más guapo de lo que recordaba.

Mi último recuerdo con él es del día que salimos a cenar por última vez —o, al menos, la última cena que yo recuerdo—. Sonreía todo el rato y se revolvió la melena rubia constantemente. La tenía muy larga y el flequillo le incomodaba. Ahora lleva el pelo corto, muy corto. En realidad, creo que nunca le había visto un look como ese.

—Hablamos mañana —repite Brett a modo de despedida.

Murmuro otra breve despedida, incapaz de quitar la mirada de Mj. Puede que él sienta que lleva una eternidad sin verme, pero, a pesar de su cambiado aspecto, tengo la sensación de que el tiempo no ha pasado.

—Esperaba encontrarte con peor cara —me dice Mj, sonriendo, antes de sentarse en la butaca que minutos antes había ocupado Brett.

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Supongo que será por la venda —le digo, bromeando, mientras me señalo la cabeza—. Estoy pensando que voy a poner de moda las cabezas rapadas.

—Un look muy militar —se ríe él—. Me gusta. ¿Quieres que me una a la causa?

Suelto una carcajada y, por un instante, me olvido de todo y simplemente soy feliz.

—Déjalo, mejor no... Así estás demasiado guapo —respondo con picardía—. Sería un sacrificio.

Mj suelta una risita nerviosa, como si no quisiera entrar en el juego. "Ya no estamos

juntos”, me recuerdo. El problema es que no soy capaz de comprender por qué y tampoco consigo entender cómo ha llegado a suceder.

—¿Vas a contarme qué pasó? —pregunto con la voz débil.

He conseguido que venga a verme y eso ya es bastante, así que no quiero estropear las cosas.

—¿Qué pasó?

—Entre nosotros —murmuro, nerviosa—. Quiero entenderlo... ¿Por qué ya no...?

Mj se incorpora en la butaca con el ceño fruncido.

—Por qué ya no, ¿qué? —inquire, instándome a acabar la pregunta.

Me doy dos golpecitos en la sien, sin ocultar una sonrisa triste en mi rostro.

—No recuerdo nada... No recuerdo los últimos meses de mi vida.

Él pestañea con incredulidad.

—¿Lo dices en serio? ¿No recuerdas... nada?

Asiento una vez más.

—No... —murmuro, esta vez sin poder retener las lágrimas—. No lo recuerdo, y necesito comprender qué sucedió. ¿Por qué no estamos juntos? ¿Qué pasó?

Me mira fijamente, supongo que sopesando lo que debería contarme.

Estoy bastante alterada y muy nerviosa, pero tengo por seguro que necesito entender mi vida. Necesito recuperar mis recuerdos.

—Lo nuestro... se rompió —dice, sin andarse con rodeos—. Llevábamos tiempo mal y, bueno, supongo que no lo soportamos más...

—¿Cuánto tiempo llevábamos mal?

—Bastante tiempo, supongo. Aunque ninguno de los dos quería admitirlo.

Intento hacer memoria, pero los últimos recuerdos que comparto con Mj son felices. No recuerdo dolor, ni rencor, ni rabia. Todo lo que rodea a su recuerdo es felicidad, y supongo que por eso me cuesta tanto admitir que él ya no está conmigo. Que no somos un equipo. Siento cómo una lágrima se desliza por mi mejilla lentamente. No quiero que me vea llorar, pero presiento que, de una forma u otra, estoy a punto de explotar.

Pulso el botón rojo de llamada para avisar a la enfermera mientras contengo el llanto en mi pecho, impidiéndolo salir. Cojo aire.

—Necesito ir al baño —le explico, procurando no alterarme.

Una segunda lágrima cae por mi rostro, así que la retiro de un manotazo.

—¿Quieres que te ayude yo? —pregunta Mj, dudoso.

Sacudo la cabeza en el preciso instante en el que la enfermera cruza la puerta.

—¿Qué ocurre, Julie? ¿Te encuentras bien? —pregunta con una sonrisa amigable.

A estas alturas, y por desgracia, ya me conoce prácticamente todo el personal del

hospital.

—Necesito ir al baño.

Ella asiente.

—¿Quieres la chata o...?

—No, no —me apresuro—. Quiero ir al baño —le repito de nuevo, dejándolo claro.

Como norma general, suelo evitarlo.

El simple hecho de tener que pedir ayuda para salir de la cama, sentarme en la silla de ruedas, que me lleven hasta el baño, que me ayuden a sentarme en la taza y que, para rematar, tengan que ayudarme a ponerme las bragas me resulta duramente humillante. Pero necesito salir de aquí. Necesito unos minutos a solas para asimilarlo todo, para poder desahogarme sin sentirme observada ni juzgada.

La enfermera, cuyo nombre no consigo recordar, acerca la silla de ruedas hasta la cama mientras yo me incorporo. Intento mover mis piernas a un lado, pero pesan demasiado y no lo consigo. Ella me ayuda de inmediato y, apoyándome sobre sus brazos, me sostiene para poder llevarme hasta la silla.

Ni siquiera miro a Mj mientras nos alejamos al lavabo. Necesito huir de aquí.

Entramos dentro y ella cierra la puerta tras nosotras.

—Vale, pues vamos a ver... —dice la enfermera, subiendo la taza del váter.

—No, no... tranquila, no... —comienzo, procurando darle explicaciones.

Pero no consigo continuar porque rompo a llorar de forma desconsolada. Me apresuro a descolgar la toalla de manos y cubro mi rostro con ella, intentando ahogar los sollozos para que no lleguen al exterior. La enfermera, comprensiva, se apresura a abrir el grifo del lavabo para que mi invitado no llegue a escucharme.

—Todo pasará, ya verás —murmura con poca convicción, acariciándome la espalda—. ¿Quieres que salga y te espere fuera?

Asiento con la cabeza.

—Estaré fuera, avísame cuando quieras volver a la cama.

La puerta se cierra tras ella, pero aún así ni apago el grifo ni me quito la toalla de la cara. Lloro. Lloro hasta quedarme vacía. No solamente he perdido mis piernas y mi mundo tal y como la conocía, sino que también le he perdido a él. Veo cómo mi vida se desmorona como un castillo de naipes y no puedo hacer nada por reconstruirlo. Me siento impotente. Me siento desgraciada.

Escucho tres golpes secos y seguidos contra la puerta del baño.

—¿Estás bien, Julie? ¿Entro ya?

Cojo aire profundamente, inundando por completo mis pulmones para conseguir tranquilizarme. Con la vista fija en el chorro de agua que cae del lavabo, dejo escapar el

agua lentamente, vaciándome por completo.

—Sí, entra... —respondo, antes de cerrar el grifo.

Ella entra, me aprieta el hombro con cariño mientras yo me seco la cara y me pregunta si estoy preparada para salir.

—Sí, vamos... —murmuro.

Cuando salimos, mi mirada se cruza con la de Mj. Me sorprende comprobar que está cargada de desconcierto y de algo parecido a lástima.

—¿Te ayudo a subir a la cama? —me pregunta la enfermera.

Niego rotundamente.

Creo que el show ya ha sido más que suficiente por hoy.

—Me quedaré en la silla.

—¿Estás segura, Julie? Estarás más cómoda en la...

—Estoy segura, de verdad, gracias.

La enfermera se despide, alejándose, mientras Mj y yo continuamos mirándonos muy fijamente sin decir nada. Al final es él quien rompe el silencio tras escuchar el golpe seco de la puerta cerrándose.

—¿Qué pasa con tus piernas?

Claro. Es eso.

No sabía lo de mis piernas.

Levanto mis brazos en alto y los dejo caer en señal de rendición.

—No lo sé. Supongo que no han sobrevivido.

—¿No vas a volver a caminar?

Me encojo de hombros de nuevo. No quiero responder que "no" en voz alta, porque lo más probable es que al hacerlo termine de nuevo llorando. Y me niego a llorar delante de él. No quiero hacerlo.

—Joder, Julie... ¿Por qué no me has llamado antes? —pregunta, perplejo—. ¿Por qué no...? ¡Uf!

Mj se pasa la mano por el cabello y se pone de pie. Puedo ver la desesperación en su rostro y me sorprende al comprobar que, además, hay algo más. Rabia, ira, pena, pero... comprensión. Se gira hacia la pared, dándome la espalda.

—Joder... —murmura en voz baja, entrelazando sus dedos sobre la parte trasera de su cabeza, con los brazos en alto.

—No pasa nada —le digo, porque no sé qué decir—. No pasa nada. Lo importante es que he sobrevivido, ¿no? Me he despertado del coma...

O, al menos, eso es lo que todo el mundo me dice. Que debería estar feliz y alegrarme de haber despertado del coma. Pero, ¿cómo diablos puedo estar feliz en mi

situación?

Mj se da la vuelta, dejándome congelada en la silla de ruedas. Está llorando. Las lágrimas se deslizan con sigilo por sus mejillas, provocándome un nudo fuerte en la garganta. Si algo puedo decir de él, es que nunca llora. Supongo que le habré visto mal un par de veces, y ni siquiera en esa ocasión recuerdo haberle visto llorar de esa forma tan sincera y abierta.

—Joder, Juls... Tenías que haberme llamado —repite con la voz herida, acercándose a mí.

Se agacha a mi lado y me acaricia ligeramente la mejilla. Yo también empiezo a llorar, esta vez sin temor a lo que él pueda pensar de mí.

—Lo siento —me dice, sin ocultar su congoja—. Lo siento muchísimo.

Mj está derruido. Nunca, jamás en mi vida, le había visto de esta forma. Se me encoge el corazón cuando, sin previo aviso, apoya su cabeza sobre mis rodillas y continúa llorando, como un niño pequeño que busca consuelo en el regazo de su madre.

—No es culpa tuya —aseguro, mientras le acaricio suavemente el cuero cabelludo con la yema de mis dedos—. No es culpa tuya, tranquilo.

Pero él llora con tanta fuerza que su cuerpo tiembla ligeramente en pequeñas sacudidas. No sé cuánto tiempo nos quedamos de esta forma, en silencio. Pero las agujas del reloj dejan de tener sentido para mí y la noción del tiempo queda suspendida en el aire. Cuando levanta la cabeza y nuestras miradas vuelven a encontrarse, veo de nuevo a Mj. A mi Mj de siempre.

—Lo siento, Juls —repite una vez más, justo antes de besarme delicadamente en los labios.

Miro la imagen que me devuelve el espejo una y otra vez, incesantemente. Por mucho que intente acostumbrarme a la nueva Julie, no lo consigo. No me reconozco. Trago saliva mientras, muy despacio, recorro la cicatriz de mi cabeza con los dedos. Todavía no me han quitado los puntos, pero, si he de ser sincera, su aspecto es escalofriante. Algo me dice que la única forma eficaz de que mejore será cuando por fin me crezca el cabello de alrededor hasta quedar oculto.

—Vamos a volver a tapparla, ¿vale?

—Sí, vale —respondo al doctor, antes de que comience a vendarme de nuevo.

Aún no ha terminado de enroscar la venda alrededor de mi cabeza cuando mi madre irrumpe en la habitación como un torbellino de aire fresco. Tiene la sonrisa anclada en el rostro y, la verdad, se la ve radiante.

—Tienes muy buena cara, Julie —me dice, sin borrar esa sonrisa feliz.

El médico suelta una risita, contagiado por el repentino entusiasmo de mi madre. Y si he de ser sincera, me gustaría conseguir empaparme un poco de ese feeling que derrocha, pero no puedo. No lo consigo. Soy consciente de que mi estado de humor me está transformando en una persona insoportable, pero tampoco sé cómo cambiarlo.

—Es mentira, mamá. No tengo buena cara.

Ella levanta la mano, restándole importancia a mi comentario.

—Tonterías... Estás estupenda —asegura, y el doctor vuelve a soltar otra risita—. Y cuando te enseñe lo que tengo para ti cambiarás de opinión.

Pongo los ojos en blanco, desesperada.

—¿Más bombones? —inquiero con aburrimiento.

No sé cuántos kilos llevo ya engordados. Como si estar aquí postrada y sin pelo no fuera suficiente que tuviera que buscar nuevas formas de empeorar mi vida. Sí, si sigo así, en pocos años me habré transformado en una gorda obesa incapaz de moverme de mi silla de ruedas.

Mi madre abre una bolsa y canturrea un redoble de tambores que a mí me desquicia, pero que a mi doctor parece volver a divertirle. Sí, definitivamente, soy la única amargada de la habitación.

—Te he traído dos cosas... ¿Preparada?

—Venga, mamá... ¡Avanza!

Ella, radiante de felicidad, saca una tela beige y, en la otra mano, un hurón. Un hurón o algo muy similar.

—¿Qué bicho es ese, mamá?

—¿Esto? —repite, alzando la bola de pelo—. ¡Esto es una peluca!

La miro boquiabierta.

—Y esto un fular. No sé cuál de los dos ibas a preferir, así que he optado por...

—¿Puedo ponerme una peluca? —pregunto al doctor, interrumpiéndola.

Él medico se gira hacia mi madre y le echa un vistazo.

—Desde luego. Mientras no aprete la zona, puedes ponértela... —asegura, guiñándome un ojo—. Pero no puede haber presión, ¿entendido?

Asiento con la cabeza, emocionada.

—Y lo mismo con el fular.

—¡Dame la peluca! —grito de inmediato, emocionándome un poco.

No sé cómo me quedará ni si el resultado será demasiado ridículo, pero he de admitir que, por una vez, la idea de mi madre ha sido muy buena. No estoy preparada para salir a la calle y que todo el mundo se quede mirándome con cara de pena. Y seguro que lo harán, claro; porque es uno de los efectos secundarios que tienen las sillas de ruedas. Pero no llevar una venda rodeándome la cabeza también será de gran ayuda.

—¿Quieres probártela? —se ríe, divertida.

El doctor se hace a un lado, pero no parece tener intenciones de marcharse. Al parecer, no quiere perderse el espectáculo.

—¡Por supuesto!

Mi madre aplaude como una niña pequeña, mientras yo vuelvo a poner los ojos en blanco. He de admitir que, en ocasiones, no se sabe diferenciar quién es la madre y quién es la hija. Ella es así; infantil y alocada. Y yo soy más seria y más previsible.

Se coloca frente a mí y deja caer muy despacio la peluca sobre mi cabeza. Después, sin hacer esfuerzo, la coloca muy lentamente. No ejerce presión y no siento dolor.

—Pues yo creo que ya está... —me dice, sonriente.

Me giro hacia el doctor, que levanta un pulgar hacia arriba de la misma.

—Estás preciosa —dice, aunque intuyo que lo dirá para hacerme sentir bien—. Te sienta de maravilla.

Me lanzo hacia la mesilla para coger un espejo y mirar el resultado.

—Vaya... —murmuro, pensativa, mientras intento decidir si me gusta o no.

El color es un poco más clarito que mi rubio habitual y el corte es diferente. La parte delantera está desfilada ligeramente y llevo un flequillo desenfadado de medio lado.

—¿Te gusta? Creo que te queda genial... —señala mi madre, expectante por conocer mi veredicto.

—Supongo que no puedo pedir nada mejor, ¿no?

Mi madre suelta un par de aplausos infantiles antes de ponerse de pie de un salto. La conozco bien y sé que ahora ha llegado el momento en el que intenta organizarme las maletas. Pero antes de que Isabella tenga tiempo suficiente como para poner patas arriba todo lo que le rodea, llega Brett. Mi neurólogo se marcha prometiéndome que la ficha de alta estará en menos de una hora y cediéndole el turno al fisio.

—¿Le importa dejarnos a solas? —le pregunta a mi madre.

Asiente, aunque su disgusto es más que evidente. Deja la bolsa de viaje a un lado y me pregunta si quiero un café. Niego con la cabeza.

—¿Un sándwich?

Vuelvo a negar con los ojos en blanco, desesperada por su insistencia.

Al final, se marcha.

—Un hueso duro de roer —se ríe Brett.

—No lo sabes tú bien —respondo con una sonrisa—. Es la persona más insistente que voyas a conocer jamás.

—Sí, ¿eh? —me dice, quitándome la sábana que cubre mis piernas—. Pues entonces tendrás que dejar que se te contagie un poco ese síndrome... Creo que ahora mismo el ser insistente y persistente no te vendría nada mal.

Tuerzo una mueca de disgusto.

—Créeme, es mejor no contagiarse de mi madre —resoplo con desesperación.

Brett se ríe.

—Hoy te noto de especial buen humor —me dice, cogiéndome el pie desde el talón.

Noto el frío de sus manos en mi piel y es una sensación extraña. No consigo hacer que esa parte de mi cuerpo funcione, pero tampoco puedo evitar sentir que forma parte de mí. Es como si tuviera las piernas muertas.

—Pues sí, hoy me siento de mejor humor —admito mientras lleno mis pulmones de aire.

—¿Y cuál es la razón? ¿Qué voyas a marcharte a casa o el chico que te vino a visitar ayer?

No puedo evitar que mis mejillas se sonrojen ligeramente al recordar mi encuentro con Mj. Le echaba tanto de menos que, desde ayer, no consigo olvidar su olor ni borrarle de mis pensamientos.

—Supongo que un poco de todo, no voy a mentirte.

Él asiente, distraído, mientras masajea mis pantorrillas.

—Sea lo que sea, te sienta bien... Así que mantenlo en tu vida —me aconseja, antes de darme un par de palmaditas—. Bueno, bien... Mañana empezamos la rehabilitación más en serio. ¿Estás preparada?

Asiento con la cabeza, convencida.

—¿Crees que servirá de algo? Ya sé que no...

—Julie, si le pones ganas... Servirá. Confía en mí —me corta, sin dejarme continuar.

Supongo que todos los lisiados le hacemos las mismas preguntas y nos metemos en el mismo bucle. Sea como sea, mis ansias por recuperarme y mis esperanzas han aumentado considerablemente desde que Mj se dejó caer por aquí. Ahora tengo las ganas renovadas y nuevos motivos.

—Está bien. Voy a esforzarme —aseguro.

Hoy soy yo quien no consigue borrar la sonrisa de la cara.

Concretamos la hora a la que nos veremos en el centro antes de que termine los masajes y, después, se despide de mí con un guiño de ojo.

—El pelo te sienta bien —me dice con picardía—. Estás espectacular.

Suelto una risita nerviosa.

—Gracias, Brett —respondo con confianza.

Me doy cuenta en ese instante de que es al único médico al que me dirijo por su nombre de pila y sin formalismos. Mejor, lo prefiero así. Me gusta el trato cercano que tengo con él porque es como si estuviera acompañada de un amigo, y no de un médico más.

Unas horas más tarde, me visto mi ropa de calle y me siento en la silla de ruedas, preparada para marchar. Mi madre da palmaditas como una loca, feliz, mientras yo inspecciono mi imagen en el reflejo del espejo del baño. Se me hace extraño estar así vestida, de calle. Llevo tanto tiempo en pijama y tumbada en una cama que se me hace raro pensar que estoy a punto de sentir los rayos de sol sobre mi piel. Tengo la sensación de que, en cuanto pise el suelo de la calle, el mundo se cernirá sobre mí.

—¿Estás bien, cariño? —inquire mi madre, que está ansiosa por salir del hospital.

Hace como diez minutos que nos han traído el parte de alta, pero estoy alargando un poco la salida. No me siento preparada aún.

—Estoy bien... —murmuro en voz baja, decidida a armarme de valor y salir al exterior.

Tarde o temprano tendré que hacerlo, así que no tiene sentido alargar más de la cuenta el momento.

Mi madre comienza a arrastrar la silla de ruedas mientras Rick carga con la maleta detrás de nosotras. Nos cruzamos con varias enfermeras y todas me saludan con una sonrisa inmensa en la cara, como si estuvieran observando un milagro. Y, ¿por qué mentir? Siento rabia. Mucha rabia. Todos me dicen que debería estar feliz y sentirme afortunada, pero no soy capaz. Bueno, ahora que Mj ha vuelto a mi vida... Quizás

encuentre las fuerzas suficientes para luchar. Pero de ahí a sentirme afortunada...

Mamá se detiene frente a la puerta principal del hospital.

—¿Estás preparada? —pregunta, apretándome los hombros.

—Sí... Estoy preparada —respondo con poca seguridad.

Damos un par de pasos al frente hasta que el sensor detecta nuestra presencia y las puertas se abren. Siento el aire frío golpeándome el rostro y el sonido del tráfico de la carretera. La gente entra y sale de forma apresurada, rodeándonos. Mi madre vuelve a empujar la silla y echa a caminar al frente, con decisión. Cuando salimos fuera, respiro. No era consciente de haber estado conteniendo el aire hasta este momento. Respiro profundamente y cierro los ojos. Y, en ese instante, cuando todo vuelve a quedar dentro, lo siento. Siento la rabia que me invadía, la fuerza con la que apretaba el volante. Escucho el sonido de mi móvil, reproduciéndose una y otra vez. Intento centrarme en la carretera, pero no puedo. Estoy enfadada. Acelero todavía más y...

—Lo recuerdo —murmuro en voz alta.

No es un recuerdo claro, simplemente una sensación.

—¿Qué dices, cariño? —pregunta mi madre, antes de "aparcarme" junto a su coche.

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Nada, no decía nada...

Mi madre asiente y continúa con lo que iba a hacer sin prestarme atención. La veo abrir las puertas traseras, cargar la maleta y recolocar el asiento del copiloto. Rick le pregunta a ver cómo lo vamos a hacer y ella da vueltas y más vueltas, moviéndolo todo mientras se decide. En cualquier otro momento, ya me hubiera desquiciado con solamente verla. Llevaremos más de quince minutos aquí afuera y varios vehículos se han parado para preguntarnos si vamos a salir del parking. Rick, que ya conoce muy bien a mi madre, niega con la cabeza y les explica que aún tenemos para rato.

—¿Y cómo pasamos a Julie al asiento? —pregunta mi madre, confusa—. Creo que lo mejor sería que ella viajara detrás... Para que esté más cómoda.

Le escucho de fondo, sin prestar demasiada atención a lo que está diciendo.

—Juls, ¿estás preparada? —pregunta Rick, plantándose frente a mí.

Necesito dos segundos para conectar conmigo misma y recordar dónde estoy y volver a la realidad.

—Sí, claro...

Se me olvidaba que, ahora que ya no estoy en el hospital, las cosas van a cambiar mucho. Ya no me valgo por mí misma y por mucho que me pese necesitaré ayuda hasta para las cosas más sencillas y básicas. Cojo aire profundamente y levanto los brazos para facilitarle la tarea a Rick. Él me sujeta el tronco y, sin apenas hacer esfuerzo, me

levanta y me traslada hasta el asiento trasero de su monovolumen.

—¿Necesitas ayuda para atarte?

Niego con la cabeza.

—No. Las manos aún me funcionan bien, pero gracias.

Unos minutos más tarde, nos ponemos en marcha.

Mi madre no para de hablar ni un solo segundo. Por lo general, ella es bastante parlanchina. Pero cuando está nerviosa esa faceta suya empeora todavía más y puede transformarse en un auténtico tormento. Presiento que Rick hace un rato que ha desconectado de la realidad para sumergirse en sus propios pensamientos. De vez en cuando mi madre se dirige a él y Rick asiente, pero en el fondo sé que no está prestándole ninguna atención.

Yo también desconecto. Tengo demasiadas cosas en las que meditar y todavía no he conseguido quitarme de encima esa extraña sensación que he sentido antes, al salir a la calle. Sé que eran recuerdos del accidente, pero por mucho que me esfuerce no consigo profundizar más en ellos. ¿Quién me llamaba? ¿Por qué no recuerdo nada más? ¿Por qué no soy capaz de recordar los últimos meses de mi vida?

Rick aparca en el garaje de casa mientras las primeras gotas de lluvia caen sobre la luna delantera del coche. En pocos segundos la llovizna se intensifica, convirtiéndose en una tormenta con truenos y rayos. Mi madre corre a casa para resguardarse bajo el saliente de la entrada mientras que Rick se dispone a sacar la silla de ruedas.

—¿Preparada? —me dice mientras suelta el paraguas.

Necesita los dos brazos para llevarme hasta casa, así que supongo que nos tocará calarnos hasta los huesos.

Me quito la peluca con cuidado y la guardo bajo mi chaqueta. ¿Qué sentido tiene mojarla para después tener que secarla?

—Ahora sí —respondo.

Él se apresura a auparme entre sus brazos y, sin molestarse en dejarme en la silla echa a correr en dirección a casa conmigo en sus brazos.

—¡La silla! ¡La silla! —grita mi madre.

—Ve tú a por ella, Isabella —responde él cuando llegamos a la entrada—. Yo voy a acomodar a Juls en el sofá.

Mi madre refunfuña algo incomprensible antes de volver a salir al aguacero.

—¿Para que íbamos a mojarnos nosotros si puede mojarse ella? —me pregunta con una risita traviesa mientras cruzamos el pasillo.

No puedo evitar desviar la mirada hacia las enormes escaleras que ascienden al segundo piso. Hacia las habitaciones. Hacia mi habitación. ¿Cómo diablos me las voy a

apañar?

Rick también desvía la mirada hacia allí.

—No te preocupes —me dice, como si pudiera leerme el pensamiento—. Nos las apañaremos. Buscaremos la forma de que esto funcione.

Asiento con la cabeza al comprender que, ahora mismo, soy una verdadera carga tanto para él como para mi madre. ¿Cómo voy a ir al baño yo sola? ¿Cómo diablos voy a ducharme? ¿Dónde voy a comer? ¡Ni siquiera llego a la encimera de la cocina! Empiezo a sentir cómo el agobio se apodera de mí y me cuesta respirar. “No sirvo para nada”, pienso.

—Juls, estate tranquila, ¿vale? —me dice Rick con esa sonrisa suya—. Todo va a salir de maravilla.

A veces no sé quién de los dos me desquicia más: si mi madre o él.

Me siento en el sofá con las piernas en alto y me tapo con una de las gruesas mantas de lana. No hace frío como para hacerlo, pero necesito sentirme reconfortada y arropada. Necesito sentir la seguridad de mi hogar.

Escucho cómo mi madre y Rick meten la silla de ruedas en casa. Los oigo murmurar a través del pasillo, pero no consigo entender muy bien de qué están hablando.

—No creo que sea apropiado... —murmura Rick entre susurros—. Todavía es pronto, no hay que precipitarse.

—Pero si no la compramos, ¿cómo se las va a apañar? ¿Y qué haremos cuando tú no estés?

Mi madre dice algo más, justo antes de soltar un sollozo. Aunque no puedo entender casi nada de lo que dicen, no necesito saber sumar dos más dos para deducir que hablan sobre mí.

—Puede que esto solamente sea algo temporal... No deberíamos actuar tan pronto —le recrimina él.

Mi madre vuelve a protestar entre sollozos.

No lo aguanto. No puedo soportarlo.

Me encantaría ser capaz de levantarme y salir corriendo de aquí, pero ni siquiera eso puedo hacer. Siento cómo la frustración se adueña de mí y cómo la rabia, poco a poco, se va abriendo paso en mi cuerpo hasta que, de pronto, vuelvo a escuchar la llamada. Cierro los ojos. Aprieto el volante entre mis manos con mucha fuerza. Escucho un claxon y el tráfico de la carretera. Puedo sentir el aire fresco acariciándome el rostro. Estoy tan enfadada que no puedo concentrarme en nada. El corazón me palpita con fuerza y la ira se va adueñando de mí. El teléfono, que había dejado de sonar, vuelve a sonar de nuevo. No miro la pantalla porque no necesito hacerlo para saber quién es. Es..., es...

—¿Cielo? ¿Te encuentras bien?

Abro los ojos de golpe y me encuentro con mi madre frente a frente. Me tiende un botellín de agua fría con una sonrisa cariñosa, fingiendo que todo está bien. Pero no. No está bien y tampoco lo va a estar. Siento cómo las lágrimas se agolpean en mi rostro.

—Mamá... Ya no soy ninguna niña. Dejé de serlo hace mucho tiempo —le digo con voz serena, procurando que no perciba lo alterada que estoy—. Sé que tú no lo ves, porque soy tu hija y me quieres, pero no puedes seguir tratándome como a una niña pequeña.

—Yo no te estoy...

—No puedes mantenerme al margen —le corto, sin dejarla continuar. No quiero que empiece a hacer un drama porque entonces nadie conseguirá detener su victimismo—. Quiero tomar y formar parte de todas las decisiones que me incumban. Y si eso va a suponer un problema, entonces tendré que pensar en independizarme.

Mi madre pestañea varias veces, confusa y sorprendida a su vez.

Sabe que le estoy hablando muy en serio. Puede percibirlo en mi tono de voz.

—No quiero que te marches —me dice, muy seria.

—Entonces, cuéntame... ¿Qué ocurre?

Rick aparece en el salón. Cruza los brazos y se queda muy serio, detrás de ella.

—Adelante, Isabella —la anima—. Tu hija puede opinar, ya es mayorcita.

Ella coge aire y, fingiendo unos pucheros, empieza a hablar.

—Estamos pensando en poner un elevador en las escaleras. Rick dice que todavía es pronto para tomar una decisión así, pero yo creo... —hace una pausa para encontrar las palabras oportunas sin que se la malinterprete—, yo creo que no importa el tiempo que tardes en recuperarte. Independientemente de si es una semana, un mes o..., más, creo que el dinero invertido estará amortizado si a ti te da independencia en casa.

Cojo aire profundamente sin saber qué decir. Claro, un elevador.

No necesito preguntar para saber qué opina: mi madre cree que me quedaré en una silla de ruedas para siempre. Lo sé. Puedo intuirlo. Supongo que se piensa que, despertándome del coma, ya he agotado la ración de buena suerte que me tocaba a mí.

—Me parece muy buena idea, mamá —le digo, procurando sonreír y aguantar el tipo—. Creo que deberíamos poner ese elevador.

En el fondo, estoy hundida. Tengo ganas de echarme a llorar y no parar hasta vaciarme por completo.

Yo también creo que me pasaré el resto de mi vida en una silla de ruedas.

Mi madre suelta un par de palmaditas, emocionada, y asiente. Sé que esa felicidad no es más que fachada, pero no seré yo quien se encargue de destruir su fachada. Y, por

lo que intuyo, Rick tampoco.

—¡Genial! —grita, feliz—. Mañana mismo llamaré para que vengan... Y te pediré la silla esa de la ducha —añade, mirando a Rick—. La de plástico que vimos, ¿te acuerdas? Te vendrá genial para asearte de forma independiente.

Rick asiente con una sonrisa y, por primera vez, comprendo por qué lo que mis padres tenían no funcionó y por qué con Rick todo va bien. Sí, lo comprendo muy bien. Mi padre sí es esa clase de persona que te dice la cruda realidad, aunque tenga que tirar abajo tu mundo de arcoíris a puñetazos.

—Estupendo... —murmuro sin energía.

He echado mucho de menos el sonido de las máquinas del hospital. Por alguna razón, no he pegado ojo en toda la noche. Las añoraba. Extrañaba ese “pi, pi, pi” constante y monótono que liberaban y he sido incapaz de conciliar el sueño sin escucharlo.

Además, he dormido en el sofá. He decidido quedarme aquí porque, si he de ser sincera, el único baño que hay en la planta de arriba está demasiado lejos de mi habitación y no quería estorbar a mi madre cada vez que tuviera la necesidad de ir al baño. Además, el de la planta baja es más amplio y me parece más cómodo. Y, como plus, diré que no tengo ningún reparo en dejar la puerta abierta al hacer mis necesidades porque sé que todos están arriba y que nadie me pillaré “sin bragas” de forma inesperada.

Cuando amanece, estoy agotada. Y asquerosa. Me aseo sentada en la silla de ruedas, pasándome por el cuerpo toallitas húmedas del WC. Me encantaría darme una larga y reparadora ducha, pero mi madre aún no ha comprado esa fantástica silla de plástico de la que tanto habló ayer. Supongo que será otro trasto del demonio, pero estoy deseando que llegue para poder meterme bajo el grifo sin la necesidad de que ningunas manos me sostengan en el aire. Para las ocho de la mañana ya me he vestido de piernas para arriba, me he puesto la peluca y me he maquillado superficialmente. No tengo mal aspecto. Pero estaría mucho mejor sin los pantalones de pijama que aún llevo encima —aunque para eso sí que necesitaré la ayuda de mi madre—.

Intento servirme un zumo. Pero tampoco consigo hacerlo sin ayuda. No llego a por los vasos y ni siquiera soy capaz de abrir la nevera. Cuando por fin lo consigo, el zumo está en una balda alta y no llego a por él.

Me frustró. Vuelvo a sentir ganas de echarme a llorar y vuelvo a tener esa horrible sensación de que nada merece la pena. Pero entonces pienso en Mj y en que hoy vendrá a recogerme para llevarme a rehabilitación y, por muy mal que esté, sonrío. Es el efecto que tiene Mj en mí: es capaz de hacerme sonreír hasta en el peor de los momentos. Incluso cuando él no está delante.

Casi a las nueve de la mañana mi madre y Rick bajan a desayunar. Él hace tortitas y ella exprime naranjas. Después, nos sentamos en familia. Intuyo que esto de sentarnos en la mesa en familia se va a volver una tradición inesperada. Antes, cada uno llevaba su ritmo e iba a un tiempo diferente. Yo solía comer en la universidad o en la calle, con las amigas. Pero supongo que, a partir de ahora, alguno de ellos se quedará a comer conmigo para no hacerme sentir mal. Y para comprobar que me alimento, claro.

Paso el resto de la mañana observando la calle a través de la ventana. Mi madre se ha cogido unos cuantos días libres más para poder estar conmigo y ayudarme en "mi adaptación". Así lo llama ella: mi adaptación. Y por mucho que le repita que no necesito ayuda y que se marche a trabajar —por el bien de mi salud mental—, ella se niega. Cada veinte minutos, aproximadamente, aparece en la sala y me pregunta si me apetece salir a dar un paseo por el vecindario. Cada vez que lo pregunta, obtiene la misma respuesta: es lo último que me apetece. Vivimos en un barrio residencial, en una calle tranquila con vecinos cotillas y familias aburridas. En la casa de enfrente viven Roy y Nancy; dos ancianos jubilados que se dedican a beber limonada en el porche mientras buscan algún chisme sobre el que cotillear. Salir de casa a dar un paseo significaría tener que pararme cada pocos segundos para responder preguntas incómodas y soportar como todos mis conocidos me miran con cara de lástima y cuchichean a mi espalda. Sé que tendré que enfrentarme a ello tarde o temprano, pero todavía no estoy preparada para hacerlo. Necesito tiempo.

La mañana se me pasa muy lentamente. Intento aguantarme las ganas de hacer pis hasta la hora en la que Mj me vendrá a buscar, porque a partir de entonces no podré ir al baño yo sola y, obviamente, no tengo pensado pedirle a él ayuda. Otra de las incómodas facetas de estar parálitica es el no tener demasiada intimidad. Cuando la hora está próxima, le pido a mi madre ayuda. Ella asiente, encantada por sentirse útil y poder hacer algo por mí. Sé que solamente quiere ayudar, pero no ve que lo único que consigue con esa actitud arrolladora es... arrollarme. Sí, así es. Me arrolla. Me lleva por delante. Es como si la protagonista de esta historia fuera ella y como si los únicos sentimientos importantes y válidos fueran los de ella. Da igual que yo esté postrada en una silla de ruedas, porque en realidad la sufridora es mi madre. La conozco bien y sé que nada de esto debería afectarme, pero es algo que no puedo evitar.

Recuerdo el día de mi décimo cumpleaños. Habían acudido a casa muchísimas amigas mías y estábamos celebrando una fiesta genial. Yo llevaba meses pidiendo una tarta de La Sirenita, así que le pedí a mi madre que me encargara una. Me encantaba La Sirenita y me hacía especial ilusión. Soy capaz de sentir la ilusión del instante cuando apagaron las luces y mi madre apareció con la tarta en sus manos, repleta de velas. Mis amigas empezaron a cantarme "cumpleaños feliz" y, entonces, justo en ese preciso instante, mi madre se tropezó y se cayó al suelo, derribando la tarta consigo. Me quedé mirando las velas apagadas que yacían entre la nata desparramada y pensando en qué ocurriría aquel año con el deseo que nunca había llegado a pedir. La tarta estaba destrozada, insalvable. Sentí deseos de echarme a llorar y salir corriendo, pero entonces mi madre se me adelantó. Empezó a llorar, diciendo que era una torpe, que no servía para nada y

que había estropeado mi fiesta de cumpleaños. Todos los adultos se abalanzaron sobre ella para calmarla y, la madre de Phoebe, se giró hacia mí.

—¿A qué no te importa si en vez de tarta hacemos un cumpleaños diferente y pedimos unas pizzas? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja, señalando a mi madre.

Mi madre levantó la mirada y sonrió con los ojos acuosos mientras yo contenía el llanto y fingía una sonrisa de indiferencia.

—Sí, claro. Me da igual.

Y así había sido siempre mi vida. Como en mi décimo cumpleaños.

Si mi madre estaba presente, los sentimientos de los demás dejaban de importar lo más mínimo.

Mj toca el timbre antes de lo previsto; y aunque para entonces ya estoy más que preparada, no puedo evitar ponerme nerviosa. Es como si, de repente, volviéramos a empezar de cero. Nos conocemos muy bien, pero yo ya no soy la misma Julie que era antes del accidente. Y algo me dice que él tampoco es el mismo Mj del que yo me enamoré tiempo atrás. Lo que sí que sé y tengo muy claro es que los dos nos queremos.

Mi madre me acompaña hasta la entrada y saluda a Mj con un abrazo profundo, fingiendo que no está dolida con él. Pero en el fondo sé que está muy decepcionada y que no comprende porque prácticamente no ha acudido al hospital para verme.

—Cuida de mi pequeña, ¿vale? —le dice al oído.

Él asiente y nos ponemos en marcha.

Subir al asiento copiloto se transforma en un infierno porque no tengo apenas espacio. Suele ser mucho más sencillo en la parte trasera porque así puedo hacer fuerza con los brazos y echarme hacia detrás. Pero el coche de Mj es pequeño y necesitamos los asientos traseros para llevar en ellos mi silla de ruedas.

—Siento incordiarte y estropear te la mañana —le digo con coquetería, mientras repaso mi imagen en el reflejo que me devuelve el retrovisor.

No estoy mal.

La peluca y el maquillaje hacen que, incluso, parezca que tengo buena cara.

—No me estropeas la mañana —asegura él—. Además, ¿te recuerdo que he sido yo el que se ha ofrecido a llevarte?

Me mira de reojo y me dedica una sonrisa. Yo se la devuelvo, sintiéndome bien conmigo misma. Soy muy consciente de que, en estos momentos de mi vida, ver a Mj es una motivación descomunal para encontrar la fuerza en mi interior.

El resto del viaje lo hacemos en silencio. Él parece concentrado en la carretera, pero en realidad sé que está sumido en sus propios pensamientos. Le conozco lo

suficientemente bien como para saber que algo —o alguien— le preocupa. Seguramente sea por mí, pero no quiero preguntar. Sé cómo es Mj y que con él uno debe andarse siempre con pies de plomo y con cuidado.

En el centro de rehabilitación me está esperando Brett. Como siempre, me recibe con una inmensa sonrisa antes de recordarme que hoy la sesión no será tan light y que a partir de este instante nos tomaremos mi rehabilitación más en serio.

—Puedes irte a dar un paseo —le dice a Mj—, tenemos para rato.

Mi novio —o ex novio, ya no sé qué pensar— sonrío con autosuficiencia. Puedo intuir que Brett no le agrada, aunque no entiendo por qué.

—Prefiero quedarme a esperarla —dice con voz seria, cruzándose de brazos—. No me gusta pasear.

Brett sonrío y asiente.

Pero no es la misma sonrisa que suele tener para mí. No. Es una sonrisa mucho más seria y tensa, como si estuvieran retándose con la mirada.

—¿Hoy toca sufrir? —pregunto para romper la tensión que flota en el aire.

—Por supuesto —se ríe Brett, recuperando su habitual buen humor.

Empuja mi silla de ruedas hacia las camillas del fondo mientras me va explicando para qué se utiliza cada parte del gimnasio y del centro. Me quedo mirando una pasarela centrada por dos barras de madera. Un hombre de mediana edad intenta caminar sobre ella apoyando todo su peso en sus brazos. Su fisioterapeuta está detrás de él, pendiente por si se cae al suelo.

—¿Camina? —le pregunto, señalándole.

Brett se agacha para susurrarme al oído.

—Ha recuperado la sensibilidad en las piernas, lo que ya es mucho —me explica—. Pero todavía tiene un grave problema de equilibrio. Esto es cuestión de tiempo, de práctica y de esfuerzo. Pero si uno le echa ganas, lo consigue.

Un rayo de esperanza cruza mis pensamientos hasta que escucho la parte de “tiempo, práctica y esfuerzo”.

—¿Cuánto tiempo lleva en rehabilitación?

Brett coge aire profundamente y lo libera con lentitud, como si estuviera calculando cuál debe de ser su respuesta.

—Creo que tres años...

—¡Tres años! —grito, impresionada—. ¿Tres años y lo único que ha conseguido es apoyar los pies con la ayuda de dos barras?

Brett deja de empujar la silla y me rodea para quedar frente a mí.

—Escúchame, Julie... Ninguna de estas personas —dice, señalando a su alrededor—,

está aquí por una misma causa común. Cada cara que ves tiene una historia detrás; algunas son más fáciles y otras más terribles. Pero todas tienen un pasado y todas han sufrido. Están aquí luchando por recuperarse —me explica—. Ese hombre tuvo un tumor cerebral y varios derrames. Ha tenido que aprender a hablar, a comer, a levantar un brazo... Lo que para ti significa un avance insignificante, a él le supone volver a ser una persona autónoma en un futuro.

Le vuelvo a mirar, intento ver las cosas desde la perspectiva de Brett. Pero no puedo. Lo único que soy capaz de asimilar es que, quizás, necesite años para poder volver a dar un paso. Y eso con suerte, claro. Porque por poco que me guste admitirlo, siempre quedará la posibilidad de que nunca jamás consiga volver a levantarme de esta silla de ruedas.

—Rodea mi cuello con tu brazo —me dice él, antes de cogerme en brazos y de pasarme a la camilla.

Brett me quita los calcetines y empieza a mover mis pies hacia delante y hacia atrás. Siento leves cosquillas, pero no soy capaz de percibir mucho más. Su tacto, la temperatura de sus manos y... nada. Absolutamente nada más.

Cojo aire profundamente. Sí, tenía razón cuando me ha dicho a Brett que esto iba para largo. Los ejercicios son bastante repetitivos y aburridos, pero consigo sobrellevarlo gracias a la conversación que me proporciona. Hablamos de él, de su vida. Tiene treinta y dos años, vive en un pisito en el centro, tiene un gato que se llama D'artagnan y le encanta el jazz. Me cuenta que siempre tuvo muy claro que quería estudiar medicina y que, después de que su tía y su madre terminaran en silla de ruedas por una enfermedad genética hereditaria, tuvo muy claro cómo enfocar sus estudios. Prácticamente hablamos de él, porque si he de ser sincera yo no tengo mucho que decir sobre mí. Ya no tengo los mismos sueños ni las mismas aspiraciones que tenía antes del accidente, así que no puedo hablar sobre mí misma. Es como si, aparte de las piernas, el maldito coma también me hubiera robado la personalidad y la esencia. Ya no me gusta escuchar música. El simple hecho de no poder bailar una canción que me gusta, me amarga. Y eso me deprime muchísimo porque antes del accidente adoraba poner el equipo de música a todo volumen y bailar dando tumbos por toda la casa. Me encantaba nadar. El agua siempre había sido una de mis pasiones. Cuando era pequeña y mi madre me llevaba a la playa solía bromear diciendo que era "una sirenita". Pero está claro que esa pasión tampoco la podré retomar. También me gustaba andar en bici o pasear una tarde de verano. Y el amanecer. Adoraba ver amanecer. Supongo que eso puedo seguir haciéndolo.

—¿No me dices nada de ti?

Sacudo la cabeza en señal de negación y sonrío.

—Eres fascinante, así que prefiero seguir escuchándote.

No quiero contarle la verdad porque me soltaría una charla motivacional explicándome que esta forma de pensar que tengo es negativa y blablablá... Sí, lo sé. Sé que no debo centrarme en todo lo que me gustaba y que no puedo hacer. No hace falta que Brett me lo diga. El problema es que la lista de cosas que me encantaban y que deben quedar en el olvido es demasiado larga —y dolorosa—.

—Un par de ejercicios más y terminamos —me dice, guiñándome un ojo.

—Estupendo —señalo, siendo consciente de lo rápido que se me ha pasado el tiempo junto a él.

Brett hace que las cosas sean más sencillas. Más fáciles. Hace que lo negro parezca más gris y menos negro.

—¿Te apetece comer algo cuando terminemos? —me propone—. Eres mi última paciente, así que cuando termine contigo quedaré totalmente liberado de la bata blanca.

Suelto una risita.

—¿Y eso ya está bien visto? ¿Qué médicos y pacientes coman juntos?

Él suelta una carcajada tan intensa y sonora que todos a nuestro alrededor se giran para mirarnos.

—Creo que ves demasiado la televisión.

Sonrío.

—Creo que, en estos momentos de mi vida, lo único que me queda para estar entretenida es la televisión.

Brett dibuja una mueca de disgusto.

—¡Qué equivocada estás! —exclama con decepción—. Pero ese asunto lo dejamos para otro momento, que da para mucho... ¿Aceptas la propuesta?

Alzo la cabeza y miro hacia el fondo, donde Mj está sentado con cara de aburrimiento y desesperación. Le veo jugando con el teléfono móvil, distraído, sin prestar demasiada atención a su alrededor.

—Creo que me están esperando —le recuerdo.

—¡Ah, claro! ¡Perdona! —exclama, justo antes de deslizar el calcetín por mi pie—. Otra vez será.

Brett me ayuda a pasar a la silla de ruedas con delicadeza y agilidad. Es increíble lo rápido que lo hace, como si no le supusiera ningún esfuerzo. Supongo que todo es cuestión de práctica y que, en esto en concreto, él tiene mucha. Cuando mi madre o, incluso Rick, me ayudan a hacerlo supone un verdadero suplicio. La mayoría de las veces

me hacen daño en las costillas o en las axilas, y lo peor de todo es que tardamos una eternidad y yo me siento como un peso muerto y una carga con la que tienen que lidiar.

Empuja mi silla de ruedas en dirección a Mj en silencio, sin despedirse.

—Pues ya estamos de vuelta... Te devuelvo a tu chica —le dice a Mj con tono cordial.

La tensión que había visto antes entre ellos ha desaparecido.

—Ya veo. Estupendo —responde él con voz seca, poniéndose de pie y evitando la mirada de mi médico.

Suspiro con desesperación al ver su actitud.

No entiendo por qué Brett le cae tan mal, pero sí que consigo entender por qué Brett adopta esa actitud tensa. Mj puede llegar a ser muy desagradable si se lo propone y, la verdad, ahora mismo está comportándose como un niño insufrible.

Coge las riendas de mi silla sin decir nada y echa a caminar en dirección a la puerta.

—¡Nos vemos mañana, Julie! —grita mi fisio a modo de despedida, sin borrar esa sonrisa amable que lo caracteriza.

Dos segundos más tarde, estamos casi en su coche.

—¿Tienes prisa? —inquiero, desconcertada.

—No, no tengo prisa. Pero quiero marcharme de aquí cuanto antes.

Mj no da ninguna explicación más y yo evito ahondar en el asunto. No sé qué se le está pasando por la cabeza, pero está enfadado. Lo percibo.

Nos subimos al coche y nos encaminamos de vuelta hacia mi casa.

—¿Qué te ocurre? —inquiero, claudicando.

Tengo la sensación de que estamos desaprovechando el poco rato que nos queda para estar juntos. Y lo peor de todo es que no entiendo nada.

—No me ocurre nada —refunfuña en voz baja—, pero no soporto al imbécil de tu médico. Es un prepotente engreído.

Suelto una carcajada.

—¿Prepotente? ¿Engreído? Creo que hablamos de médicos diferentes, entonces.

Mj sacude la cabeza en señal de negación.

—Supongo que no eres consciente de ello —añade, mirándome de reojo—, pero le interesas. Aunque no te des cuenta, está tonteando contigo.

Yo me empiezo a reír tan fuerte que estoy a punto de atragantarme.

“No puedo interesarle a nadie”, pienso. Pero evito decirlo en voz alta porque, en el fondo, salvaguardo la esperanza de que Mj conserve un recuerdo diferente de mi persona y aún pueda verme con buenos ojos.

—No te rías así, Juls... ¿Cuándo me equivoco con esas cosas? Le interesas —dice, con cara de pocos amigos—. Pero supongo que no debería meterme y que no es asunto mío

continúa, resoplando con cansancio—. A fin de cuentas, ya no estamos juntos.

Le miro fijamente, intentando asimilar con gran esfuerzo esa última frase que acaba de soltar. "Ya no estamos juntos". "Ya no estamos juntos". "Ya no estamos juntos". Mi mente la repite una y otra vez, en bucle, sin querer creérsela.

—Pues necesito que lo estemos —suelto, conteniendo las lágrimas—. Te necesito en mi vida.

Consigo decirlo tragándome el orgullo, el nudo de mi garganta y las ganas de llorar que me avasallan en estos momentos.

Mj guarda silencio hasta aparcar el coche. Después hace girar la llave, quitando el contacto, y se gira hacia mí.

—Tú no recuerdas nada, Juls, pero la realidad es que...

Me apresuro a taponarle la boca con la palma de mi mano.

—Por favor —murmuro, mientras siento cómo un par de lágrimas se deslizan por mis mejillas—. Por favor, vale ya. Te necesito. No importa lo que sucediera porque te prometo que esta vez todo será diferente.

Nos queremos. Todos estos años nos hemos querido y hemos estado el uno para el otro. En lo bueno y en lo malo. Y justo ahora estoy hundida en lo malo. En lo "muy malo", para ser sincera... y le necesito tanto como necesito respirar.

—Está bien —admite finalmente, mordiéndose el labio inferior—. Pero tienes que entender que todo esto no es sencillo para mí, Juls. Esto es... joder —suelta, intentando esquivarle la mirada—. Necesito tiempo e ir despacio.

Asiento sin dudar.

—Eso puedo concedértelo.

Mj coge aire y yo aprovecho ese instante que está desprevenido para darle un beso en la mejilla. Él suelta una risita despreocupada, olvidando la seria conversación que acabamos de mantener.

—¿Sabes, Juls? Te echaba de menos.

Sonrío.

Yo también le echaba de menos a él.

Mi vida empieza a parecerse bastante al día de la marmota. Todos los días lo mismo, una y otra vez. Mi madre sigue empeñada en que debería salir a pasear y disfrutar del aire fresco, pero yo sigo cerrada en banda. No me apetece.

Salir a la calle significa tener que pararme cada dos minutos y tener que fingir una falsa sonrisa. Y, la verdad, mi buen humor últimamente escasea.

Jugueteo con mi teléfono móvil en la mano mientras dejo que los rayos del sol me calienten mi rostro. Estoy en el jardín de casa, esperando a que Mj vuelva de la cocina con un vaso de limonada que mi madre ha preparado.

Ya hemos vuelto de rehabilitación y hoy, por primera vez, se ha quedado a comer en casa. Mi madre está encantada, a diferencia de Rick. No sé por qué, pero mi padrastro se ha pasado toda la comida lanzándole miradas desagradables y comentarios desafortunados. Pero he de admitir que Mj ha estado a la altura y ha mantenido el tipo.

—Aquí tienes la limonada —me dice, sentándose junto a mí.

Sonrío.

—Gracias.

Le doy un largo sorbo y la dejo en la mesita. Después vuelvo a mirar la pantalla del teléfono con indecisión. Hace días que Phoebe me mandó un mensaje y, la verdad, hasta ahora la he estado ignorando. Pero la echo de menos. Echo mucho de menos a mi mejor amiga y empiezo a pensar que va llegando el momento de tragarse el orgullo y firmar la paz.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Mj, levantando la cabeza por encima de mi brazo para poder mirarme el móvil.

—Estoy pensando en responder a Phoebe... Creo que ha llegado el momento de hacer las paces —le cuento de forma superficial, porque sé que odia escuchar mis absurdas riñas con ella—. ¿La has visto últimamente?

Él sacude la cabeza.

—No. No hemos coincidido.

Baja la mirada al suelo, pensativo.

Conozco a Mj lo suficientemente bien como para saber que me está ocultando algo.

—Sabes por qué no viene a verme, ¿verdad?

Él levanta la cabeza y nuestras miradas chocan. Puedo ver algo parecido al miedo en sus ojos.

—No tengo ni idea —miente.

Sé que miente. Puedo notarlo.

Llevamos tanto tiempo formando parte el uno del otro que, en ocasiones, es como si Mj fuera una extensión de mi propia persona.

—Está bien —concluyo, dando por zanjada la conversación.

No quiero insistir.

Sea lo que sea, le preocupa y le hace sentir incómodo. Así que decido dejar el tema y seguir disfrutando de la tarde.

Nos dedicamos a charlar, a secas. No recordaba la última vez que Mj y yo nos sentamos tranquilamente a disfrutar de nuestra mutua compañía sin necesidad de terceras personas o de un plan. Ir al cine, salir a comer a un restaurante de moda, ir a una discoteca... Siempre teníamos algo que hacer y siempre estábamos invitados a algún evento. Éramos una pareja popular.

A media tarde, mi madre y Rick se marchan a hacer la compra semanal y nosotros nos quedamos guardando el fuerte. Esta vez es Mj quien me propone salir a dar un paseo, y una vez más, me vuelvo a negar. Así que modificamos su plan y decidimos sentarnos en el sofá y ver una película. Mj la escoge y, la verdad, no le presto demasiada atención. Mi cabeza se ha puesto a maquinarse y varios pensamientos tormentosos me carcomen desde el instante en el que él pulsa el botón de "play".

—¿Has estado con alguna chica durante estos meses? —suelto al final, sin poder contenerme.

Quiero saberlo.

Le conozco bien y, si es que sí la respuesta, dudo que me diga la verdad. Pero yo necesitaba formular la pregunta antes de que me devorase por dentro.

—Joder, Juls... —me dice, mirándome de reojo, pero sin girarse hacia mí—. No deberías preguntarlo. Tú y yo lo habíamos dejado, así que no tiene sentido que hagas ese tipo de preguntas.

Ya tengo mi respuesta. Es que sí.

Decido no insistir más porque sé que, saber con quién, solamente me llevará autocondemnarme a mí misma.

—Está bien —murmuro con un nudo en la garganta—. Olvídalo.

Nos quedamos en silencio.

Él aprieta los puños, nervioso, y yo intento mantener la compostura y no venirme abajo. ¿Y yo? ¿Me habré acostado con alguien más antes del accidente? No lo recuerdo. Ni siquiera soy capaz de recordar el instante en el que todo se terminó.

—Has dicho "lo habíamos dejado" ... —le digo entre susurros.

Él detiene la película.

Es una de esas de acción en la que siempre ocurre lo mismo: chica se mete en problemas, chico salva a chica de esos problemas entre golpes y peleas. Todo termina con un final feliz. Un par de bombas, cristales rotos, y ya está. Siempre lo mismo.

—Sí, eso he dicho.

—¿Eso significa que ahora estamos juntos? —pregunto, mirándole muy fijamente.

Al menos, espero obtener la respuesta deseada a alguna de mis preguntas.

Mj sonrío y yo no puedo evitar sentir un cosquilleo en mi vientre.

—Eso es que sí —me auto respondo, justo antes de lanzarme a sus labios.

Le beso de forma sensual, como hacía tiempo que no lo hacía. En realidad, ni siquiera recuerdo la última vez. Deslizo mis manos por su torso. Una hacia abajo, descendíendola suavemente hacia su sexualidad, y otra hacia arriba. Rodeo su cuello y enredo mis dedos entre su cabello. Cuando mi otra mano se pasea por encima de su entrepierna, siento cómo su miembro se endurece al instante.

—Juls... No sé si...

—Sssh —chisteo, silenciándole con otro beso mientras le desato el pantalón.

—Pero tú no de...

—Ssh —le silencio de nuevo, dispuesta a callarle.

Puede que no pueda caminar a su lado, pero estoy convencida de que aún me quedan bastantes formas de hacerle disfrutar. Libero su miembro del calzoncillo y comienzo a masajearlo suavemente, subiendo y bajando lentamente la mano a su alrededor. Mj gime antes de filtrar sus manos por debajo de mi niqui. Rodea mi cuerpo y desata mi sujetador, liberando mis pechos. Yo continúo masajeándole y disfrutando de la forma en la que aprieta los labios. Mj cierra los ojos, dejándose llevar. Sé que, en cualquier otra circunstancia, ya habría metido su mano por debajo de mi pantalón. Y también sé que si no lo hace es porque tiene miedo de esta nueva situación y de meter la pata. Acelero el ritmo del masaje; el gime con más fuerza y, unos instantes más tarde, explota. Siento cómo el líquido caliente, espeso y pringoso se filtra por mi mano. Sonrío. Mj abre los ojos y me mira.

—Joder... —murmura, sin quitarme los ojos de encima—. Esto no tenía que haber pasado... —dice, levantándose de un salto.

Se apresura a subirse y abrochase los pantalones mientras yo, inmóvil, intento adivinar qué puede haberle sentado mal. No lo entiendo.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin ocultar mi confusión.

—Yo... Yo no... —tartamudea varias veces—. Yo creo que no deberíamos seguir por este camino, Juls. Necesito que todo avance poco a poco, porque la verdad, esto es

nuevo para mí.

Pestañeo, confusa.

—¿Para ti?

Él sacude la cabeza en señal de negación.

—Sabes a qué me refiero... No pretendo hacerte sentir incómoda, pero no sé... No quiero que te hagas falsas ilusiones.

—Claro —repongo con desdén, evitando mirarle a la cara mientras me limpio su semen en mi pantalón, sin ocultar una mueca de repulsión—. No quieres que me haga falsas ilusiones —repito—. No vaya ser que piense lo que no es, ¿no?

—¡Joder! —exclama de nuevo—. Tú no lo entiendes, no es tan fácil. Julie... —escupe, cruzándose de brazos frente a mí—. Tú y yo lo habíamos dejado y no estábamos juntos, ¿sabes?

—Me lo has repetido muchas veces...

Siento cómo las lágrimas comienzan a aglomerarse en mi interior. Me encantaría poder levantarme y marcharme, pero por razones obvias, no puedo hacerlo. La frustración crece en mí mientras intento contener el llanto y que Mj no me vea mal. No quiero darle ese placer.

—Aunque no lo creas, todo esto es más complicado de lo que parece.

—Y, entonces, ¿a qué estás jugando? —pregunto sin andarme con rodeos.

Mj suspira.

—No estoy jugando a nada —replica, rendido—. Te quiero. Sabes que te quiero... Pero para que todo esto salga bien, necesito tiempo e ir despacio.

Asiento con la cabeza mientras una lágrima rebelde se resbala por mi mejilla.

—No llores, Julie, por favor...

Me tapo el rostro con las manos y, en ese momento, exploto. Siento cómo me deshago en lágrimas, incapaz de contenerme. Y siento también los brazos cálidos de Mj, envolviéndome en un abrazo inesperado. Me destapa el rostro y me sonrío con los ojos húmedos.

—Te quiero, te lo juro. Y no voy a dejarte sola en todo esto... —me dice, secándose la cara—. Pero necesito que las cosas vayan despacio entre nosotros y que todo sea diferente.

De pronto, me fijo bien en él y soy capaz de percibir una madurez que hasta entonces no había detectado. Mj parece diferente. Más adulto, más intenso. Más sensato.

—¿Vas a estar a mi lado? —pregunto con la voz temblorosa, sin ocultar el miedo que carcome mis entrañas.

Él asiente.

—Pase lo que pase, siempre seré tu amigo y siempre estaré para ti —responde sin dudar—. No importa lo que ocurra entre nosotros porque siempre te querré.

Y, por primera vez desde que acudió a verme al hospital, lo veo claro. No me quiere como quiero que me quiera... Intento mantener la compostura, pero siento cómo mi corazón hace "clack" y se rompe por la mitad de una forma tan dolorosa que noto un calambre recorriéndome mi columna vertebral. No puedo recordar qué fue lo que destruyó nuestra relación, pero sí sé que él ya no me ve con los mismos ojos que antes. Todo ha cambiado. Y creo que, por mucho que me esfuerce o intente recuperarlo, nada volverá a ser lo mismo que era entonces.

—¿Puedes dejarme a solas? —pregunto con la voz apagada mientras me escurro entre sus brazos.

Quiero salir corriendo. Quiero huir de Mj, muy lejos.

Él se aparta para poder observarme con perspectiva.

—¿Estás segura?

Asiento con la cabeza, sin dudar.

—Quiero estar a solas —respondo con convicción mientras hago un esfuerzo sobrehumano por no venirme abajo y por no echarme a llorar de nuevo.

Mj se retira sin decirme nada más, sin siquiera despedirse de mí.

Unos segundos más tarde, escucho la puerta de casa cerrándose de un portazo. Se ha ido y estoy sola. ¿Qué hubiera hecho la Julie de antes en esta circunstancia? Quizás salir a caminar o despejarme de cualquier forma posible. Pero ahora mismo no soy capaz de nada. Estoy postrada en el sofá. La silla de ruedas está a un palmo de distancia, pero dudo mucho que consiga pasar a ella sin ayuda de nadie. No puedo moverle. No puedo ir a ninguna parte. No soy capaz de valerme por mí misma.

Miro mi teléfono móvil mientras sopeso la idea de llamar a mi madre y a Rick y pedirles que vuelvan lo antes posible. Quiero estar a solas conmigo misma, sí, pero necesito ayuda. Nunca en mi vida había pasado tanto tiempo acompañada como ahora y, a su vez, nunca jamás me había sentido tan sola y miserable.

Cojo el móvil, conteniendo la frustración. Me tiemblan las manos mientras lo desbloqueo.

¿Por qué diablos no soy capaz de recordar nada? ¿Por qué mis recuerdos han desaparecido?

Estoy a punto de pulsar la tecla de llamada cuando, de pronto, cambio de idea. Hay algo que la antigua Julie sí hubiera hecho y que todavía puedo hacer.

Llamar a Phoebe.

Phoebe y yo siempre hemos sido como una misma persona. Siempre nos hemos completado. No recuerdo la edad exacta con la que nos convertimos en mejores amigas, pero según nuestros padres, debió de suceder desde la misma guardería. Es decir, antes de que cumpliéramos el año de edad. Mi madre solía enseñarme fotos de nuestras primeras batallitas juntas y, en esas instantáneas, somos poco más que dos bebés babosos en pañales.

Desde entonces, nunca nos hemos separado. Hasta ahora. No entiendo qué sucedió justo antes del accidente, pero sé que desde que he despertado nada es lo mismo. Las personas que creía imprescindibles, no están. Sí, sé que Phoebe me ha estado llamando y sé que he sido yo la que ha rechazado en reiteradas ocasiones su compañía. Pero también sé que mientras estuve en coma no vino a verme. Y si vino, fue en contadas ocasiones. Por alguna razón incomprensible, esperaba encontrarla allí al abrir los ojos. Tenerla cerca y sentir su calma. Pero no estaba. Y eso hace que la laguna que se ha formado en mi cabeza se transforme en un pozo sin fondo en el que, por mucho que hurgo, no encuentro nada más que oscuridad.

Escucho el timbre varias veces. Es ella.

—¡No puedo abrir! —grito desde el suelo, estirando el brazo para intentar alcanzar el teléfono móvil y avisarla.

Pero no llego. No consigo subir lo suficientemente alto al sofá como para recuperarlo.

Después de colgar la llamada con Phoebe, he hecho un pequeño y absurdo esfuerzo por ser autosuficiente y pasar yo sola a la silla. Pero solamente ha sido eso: un intento. He terminado en el suelo, dolorida y sin poder llegar a ningún sitio.

Escucho la puerta de atrás, la del jardín, y rezo porque se le haya ocurrido entrar por ahí y no se trate de un ladrón que viene a saquear la casa. O peor aún, de un asesino. Sería patético no poder salir gritando y corriendo como en las películas.

—¿Julie? —pregunta Phoebe, confusa—. ¿Estás en casa?

—¡Estoy aquí! —gritó, levantando en alto una mano a pesar de que no pueda verla.

Phoebe aparece en el umbral del salón y se queda mirándome, pasmada.

—¿Qué haces en el suelo? ¿Estás bien?

Cojo aire profundamente.

Sé que sabe lo de la silla de ruedas, así que puedo ahorrarme esa breve explicación.

—Me he caído. ¿Me ayudas?

Parece impactada.

Y, la verdad, no la culpo. La última vez que nos vimos la estampa era completamente diferente. Necesita un par de segundos para reaccionar antes de echar a correr hacia mí. Sin preguntarme nada más, me aúpa agarrándome de los brazos y me ayuda a sentarme en el sofá.

—¿Estás bien? ¿Cómo te has caído? —inquire con curiosidad.

Esperaba un “te he echado de menos” o un “tenía ganas de verte”, pero supongo que tendré que conformarme con la indiferencia. Es como si entre nosotras todo siguiera igual. O, peor aún, como si no le importara que nuestra relación se haya transformado.

—Intentaba pasar a la silla y..., bueno, la cosa no ha salido tan bien como tenía planeado.

Ella asiente en silencio y cruza las piernas.

Está seria y parece distraída.

—¿Estás bien? —pregunto sin poder contenerme—. Pareces ausente.

Phoebe coge aire profundamente y dibuja una sonrisa falsa en los labios.

—No, no me pasa nada —miente de forma exagerada—. Tenía ganas de verte...

Nos miramos a los ojos. Vuelve a mentir.

Lo que no soy capaz de comprender es la razón por la que lo hace. ¡Somos amigas!

Bueno, en realidad, ¡somos casi hermanas! ¿Por qué diablos se comporta así conmigo?

—Sé que hice mal en no contestarte el teléfono cuando me desperté del coma, pero necesitaba estar sola para asimilar... todo esto —digo, señalando mis piernas—. Fue un shock. No estaba preparada para algo así.

—Me lo imagino —responde, jugueteando con un hilillo suelto que sobresale de la manga de su jersey—. No pasa nada. Lo entiendo.

Me fijo en ella; a diferencia de mí, está tan guapa como siempre. Quizás, incluso, más. Tengo la sensación de que ha adelgazado un par de kilos y lleva el pelo más corto que de costumbre. Phoebe siempre ha sido de llevar una melena larga hasta la cadera, pero ahora lleva una melenita corta que difícilmente roza sus hombros. Y le queda muy bien.

—Me han dicho que has perdido la memoria... —señala, sin mirarme a los ojos.

—Los últimos meses están en blanco.

Intento ser natural con ella, pero no lo consigo. No sé, puede que sea su actitud, pero hay algo que no termino de entender en todo esto.

—Vaya, lo siento mucho, Juls.

—¿Me vas a decir de una vez por todas qué te pasa, Phoebe? —escupo sin pensar, agarrándole la mano justo antes de que tenga tiempo para apartarla.

Ella, sorprendida, intenta echarse atrás; pero no puede.

—No me pasa nada —miente.

La conozco tan bien...

No entiendo qué ocurre, pero tengo la sensación de estar hablando con una auténtica desconocida en lugar de con mi mejor amiga.

—Dímelo —ordeno con decisión, apretándole la muñeca.

—¡Ay! ¡Eso duele! —exclama, esforzándose por zafarse.

Pero no lo consigue.

No pienso permitirle que se escaquee. No, quiero una respuesta de verdad, una sincera.

—¿Qué ocurre? —vuelvo a repetir, hastiándome.

Ella coge aire y lo suelta muy lentamente, como si estuviera ganando tiempo para asimilar lo que responder.

—Sea lo que sea, quiero saberlo.

Tuerce el gesto en una mueca de disgusto y, de un golpe, retira su mano. Se masajea la muñeca sin levantar la mirada hacia mí.

—Mj y yo... estamos juntos —me suelta mientras se levanta del sofá—. No fue algo planeado ni algo que pretendiéramos que ocurriese, pero...

—Estás bromeando, ¿verdad?

Le miro a los ojos directamente y compruebo que no, no es una broma. Habla muy en serio. Siento cómo el corazón se encoge en mi pecho.

—Lo siento —murmura con la voz apagada—. De verdad que fue algo totalmente inesperado...

—¿Y Arvel? —inquiero.

Es el novio de Phoebe.

Bueno, en realidad, supongo que ahora mismo será su exnovio. Y lo peor de todo es que juega en el mismo equipo que Mj y, al menos antes, eran muy buenos amigos.

—Hace tiempo que no estamos juntos y... bueno, sabe lo mío con Mj —me explica, cada vez más lejos de mí—. No es algo que la gente sepa porque hasta ahora hemos preferido mantenerlo en secreto, pero... Decidimos que a Arvel debíamos contárselo.

No sé si reír o llorar.

Voy atando cabos lentamente, hilando cada palabra que Mj me ha dicho estos últimos días con lo que Phoebe me está contando. Al final, sin esperarlo, me echo a reír de forma irónica.

—Claro, claro... ¿Habéis preferido mantenerlo en secreto para que la gente no se entere de lo desgraciados que sois? ¡Joder, Phoebe! —exclamo, histérica, fuera de control—. ¡Agradece que no pueda caminar porque si te tuviera cerca te abofetearía!

Siento rabia, frustración, ira... Pero, sobre todo, siento una lástima enorme por mí. No entiendo cómo diablos he estado perdiendo el tiempo con Mj todo este tiempo y, viendo la clase de amiga y de persona que es, tampoco consigo comprender cómo nuestra amistad ha sobrevivido a tanto. No voy a llorar. No pienso hacerlo. Puede que con Mj me haya venido abajo, pero no pienso llorar delante de ella porque no se merece verme sufrir.

—Supongo que por eso se sentía tan mal después de lo que ha pasado entre nosotros —suelto, apretando los puños y dispuesta a devolver el golpe con la misma fuerza—. Ahora entiendo lo de “ir más despacio”.

Puedo ver cómo el gesto de Phoebe se descoloca por completo. Puedo sentir la confusión en su mirada y percibir el miedo en sus ojos. En cualquier otra ocasión hubiera sentido un ápice de lástima hacia ella. Pero no. Ahora mismo no siento nada.

—¿De qué diablos estás hablando...?

—Fuera de mi casa —escupo, sin siquiera mirarla—. Márchate ahora mismo de aquí.

Phoebe me mira muy fijamente, retándome con la mirada, hasta que al final desiste y se marcha de mi casa. Ella también contiene las lágrimas hasta salir. Sé muy bien lo que significaba la expresión de su rostro; al igual que ella sabe muy bien lo que significaba la expresión del mío: odio.

Acolcho la almohada y vuelvo a hundir el rostro sobre ella. Huele a la Julie que era antes de todo esto. A la Julie que se ponía perfume y se desmaquillaba cada noche antes de acostarse en esta cama. La Julie de la sonrisa eterna, la risueña, la que disfrutaba la vida sin mirar el reloj.

Esa Julie ya no existe.

Noto la humedad en la funda de la almohada y pienso en darle la vuelta, pero eso ya lo he hecho un par de veces y, por mucho que me repita a mí misma que no merece la pena seguir llorando, no soy capaz de parar.

Siento que mi vida se ha ido al traste. Todo, absolutamente todo lo que tenía y había querido y construido, ha desaparecido de un plumazo. Escucho el crujir de la madera del pasillo. Alguien se acerca a mi habitación. Me seco las lágrimas y, para cuando toca la puerta, procuro fingir un mejor aspecto del que tengo.

—¿Juls? ¿Estás lista?

Levanto la mirada hacia ella sin comprender a qué se refiere.

—¿Lista?

—Tienes rehabilitación —me recuerdo con su perfecta sonrisa, siempre tan feliz.

Sé que mi madre no es la culpable ni la responsable de lo que me ha pasado, pero no puedo evitar proyectar todo el odio que me consume hacia ella. La confianza da asco, sí. Y la convivencia también.

—La rehabilitación no sirve para nada —suelto, sin andarme con rodeos—. Ni siquiera he conseguido mover un meñique del pie. No funciona.

Mi madre borra su sonrisa de forma automática y camina hasta llegar a mi cama.

—Tienes que tener paciencia y aguantar, Julie. No puedes venirte abajo... —me pide—. Sé que, con esfuerzo, conseguirás mejorar.

Sacudo la cabeza lentamente mientras me incorporo del todo.

—No, mamá, no lo entiendes... No quiero mejorar. Quiero volver a ser la misma de antes.

Ella aprieta los labios mientras acerca la silla de ruedas hasta mí.

—¿Quieres que llame a Rick o lo intentamos nosotras?

Lo que quiero es repetirle que no me apetece seguir con la rehabilitación. Pero sé que, diga lo que diga, sin importar el cómo lo argumente, me obligará a asistir.

—Nosotras —concluyo, levantando los brazos.

Unos segundos más tarde y después de un gran esfuerzo, he conseguido sentarme

en la silla de ruedas con la ayuda de mi madre. Ya puedo subir y bajar de planta porque el elevador está instalado y funcionando. Lo que no sabía es que ese maldito trasto sería tan lento y desquiciante. Cuanto menos lo use, mejor.

Por supuesto, Mj ya no me lleva a rehabilitación. El que ahora se encarga de ello es Rick. Y si he de ser sincera, debo admitir que junto a Mj también se han esfumado mis ilusiones y esperanzas. No sé por qué, pero una cosa siempre ha estado ligada a la otra.

—Estás muy callada...

Sacudo la cabeza.

—Estoy bien —le digo.

Rick odia profundizar en los sentimientos y tener “conversaciones de chicas” —así lo llama él—. Él es más bien de acción y de restarle importancia a todo.

—Pues no lo parece —me dice, mirándome de reojo.

—Concéntrate en la carretera —le recrimino, señalando el tráfico. Un motorista nos ha pasado a un palmo de distancia—. No quiero perder otro par de meses de mi vida, gracias.

Rick suspira.

—Siempre supe que ese imbécil que tenías de novio te terminaría rompiendo el corazón... —señala, sin mirarme.

Yo no digo nada.

Me gustaría poder decirle que no ha sido así, pero a estas alturas de mi vida ni siquiera me quedan fuerzas para negárselo. Rick estira su mano derecha y la desliza por encima de mi rodilla para darme un pequeño apretón. Es un gesto de ánimo y de apoyo. Y yo se lo agradezco. En el fondo, sé que esto será lo más parecido a un “te quiero y estoy a tu lado” que tendré de su parte.

Detiene el coche frente al centro sin siquiera apagar el motor porque le he pedido que se marche y se entretenga hasta que Brett termine conmigo.

—No te preocupes, te llamaré de la misma —le digo, tranquilizándole.

Un minuto más tarde, me quedo mirando desde la puerta cómo Rick se aleja por la carretera. Cojo aire profundamente y me dispongo a entrar, prometiéndome a mí misma que aprovecharé la sesión, aunque no tenga ninguna gana de estar donde estoy.

—Vaya, vaya... —canturrea Brett a modo de saludo—. ¿Qué ocurre hoy?

Intento sonreír, pero el gesto no termina de llegar a mis labios.

—¿Por qué tiene que ocurrir algo?

Brett tuerce la boca en una sonrisa de medio lado.

—Llevas días sin acudir a nuestras citas y... Bueno, hoy vienes sola y tu aspecto no es el de siempre.

Ahora sí, sonrío abiertamente con ironía.

—En realidad, este es mi aspecto de siempre —le digo, procurando no ser demasiado condescendiente—, lo que veo antes de irme a dormir en el espejo. La peluca y el maquillaje son solo fachada. Una careta.

Brett suelta una risita mientras me tumba sobre la camilla.

—Pues te seré sincero y te diré que me gusta mucho más la Julie de la careta. La que es todo fachada.

Le fulmino con la mirada y no respondo.

—Suele venir mucho más feliz y suele ser mucho más agradable que esta nueva versión —explica—. Aunque... bueno, creo que en el hospital también pude conocer algo de la Julie de ahora, ¿no?

—Supongo —refunfuño sin entrar en detalles.

—¿Y qué has hecho con ese chico que siempre te traía? ¿Lo has expulsado del reino?

Sé que Brett solamente quiere ser agradable y mantenerme entretenida mientras moviliza los músculos inservibles de mis piernas, pero no estoy de humor ni me apetece entrar en detalles sobre lo que ha ocurrido con Mj.

—Ya no estamos juntos —le digo, casi en un susurro.

Espero que por mi mala cara entienda lo poco que me apetece ahondar en ello.

—Me parece maravilloso —suelta Brett, guiñándome un ojo.

Le miro boquiabierto sin comprender su falta de empatía.

—¿Maravilloso? —repito, desconcertada.

—Pues sí, porque ahora podré invitar a mi paciente más guapa a comer después del tratamiento... —me dice, sonriendo con timidez.

Pestañeo, intentando asimilar lo que acaba de decirme.

Por supuesto, sé que se trata de una comida informal y que va sin segundas intenciones, pero...

—Venga, ¿me vas a decir que no?

Cojo aire y niego.

—Es que mi padrastro está esperando para recogerme y no quiero...

—Te llevaré yo mismo a casa —me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

“No está flirteando conmigo”, me digo de nuevo, intentando recordar el lugar que nos corresponde a cada uno de nosotros. Puede que me dirija a él por su nombre de pila, pero no paso por alto que es mi doctor.

—Está bien —acepto, al final, mientras saco el teléfono móvil para enviarle un mensaje a Rick.

Intento no entrar en detalles porque sé cómo es y, si lo hago, terminará llamándome

para bombardearme a preguntas. “La rehabilitación se va a alargar un poco, así que márchate tranquilo que mi fisio me llevará después a casa. Por cierto, picaré algo de las máquinas expendedoras”.

Tal y como había imaginado, dos minutos después, me llama. Le ignoro.

—¿Cuál es tu plato favorito? —inquire Brett, mirándome sin borrar esa sonrisa conciliadora que transmite la paz absoluta.

—La lasaña de espinacas —respondo sin titubear.

Él levanta las cejas con incredulidad.

—¿Lo dices de verdad?

Asiento con la cabeza.

—Vaya... —murmura para sí mismo—. Sabía que eras especial, pero no podía llegar a intuir cuánto.

Suelto una carcajada.

—¿Especial? —pregunto sin poder evitar reírme ante su ocurrencia—. Para nada. Soy —o, al menos, era— la chica más normal de este mundo.

—Las chicas normales tienen la pizza o la hamburguesa como plato favorito —me responde—. Alguna, igual, puede que incluso la lasaña. Pero, ¿la lasaña de espinacas? Te aseguro que no. Eso no es de “chica normal”.

Sacudo la cabeza.

—Tonterías —respondo, sonriendo.

Brett parece dispuesto a sacarme la sonrisa como sea. Y, la verdad, lo está consiguiendo. Por un instante, he llevado a olvidarme de Phoebe y de Mj. Y eso es increíble porque en los últimos días no he conseguido sacármelo de la cabeza ni un solo segundo.

—¿Eres deportista?

Vuelvo a reírme. Esta vez lo hago con tanta fuerza que la gente que hay a nuestro alrededor se gira para mirarnos.

—¿Ahora mismo? —inquiero, señalando sus manos en mis piernas—. Sí, claro. Este es el deporte que hago de forma habitual.

Brett frunce el ceño.

—Te estoy hablando en serio.

—Y yo a ti —aseguro—. No sé qué deporte esperas que practique estando en una silla de ruedas.

Él me propina un cachete juguetón en la pierna y se retira lentamente.

—Te sorprenderías... Más de lo que imaginas, seguro —me dice—. Pero no te preocupes, porque de eso ya tendremos tiempo para hablar. ¿Nos vamos a comer?

Yo no dudo al responder de forma afirmativa.

Quince minutos después, estamos esperando en una de las mesas de la cafetería mientras mi estómago ruge sin parar.

—No hay lasaña de espinacas —se ríe Brett—, pero tienen pasta. ¿Te conformas?

—Si no queda más remedio... —bromeo, guiñándole un ojo.

La verdad, no termino de comprender por qué el guapo fisio que me ha tocado se está involucrando tanto conmigo. Es decir, tiene mil pacientes y estoy convencida de que yo soy solamente un número más en su carpeta. ¿Qué tengo de diferente? ¿Por qué destaco? ¿Por qué pasa tiempo conmigo?

Él se levanta a pedir. Yo me quedo donde estoy, esperándole. “Que no nos roben la mesa”, ha bromeado al levantarse. Pero la realidad es que hay mil mesas libres y que la única razón por la que me ha pedido que me quede es para que no me sienta incómoda esperando tras el mostrador. Lo más probable es que no consiguiera ni dejar las monedas sobre la encimera del mismo.

—Bueno, cuéntame qué tal la vuelta a casa —inquire con sinceridad cuando regresa con la bandeja de comida.

Repartimos los platos de pasta y dejamos la ensalada en el centro, para compartir. Mj odiaba compartir su comida, así que esto es algo a lo que no estoy demasiado acostumbrada.

—¿Quieres que te sea sincera? Como un jarro de agua fría. No me imaginaba que iba a ser tan duro comprender que no sirvo para hacer absolutamente nada —le cuento, sincerándome de forma abierta—. Que no me valgo por mí misma y que todo mi mundo se ha derrumbado.

Brett sacude la cabeza en señal de negación.

—Sirves para mucho más de lo que te crees —responde con seriedad—. Pero eso es algo que debes descubrir por ti misma.

Me río en voz alta, aunque en realidad es más bien una risa interna. ¿Por mí misma? Supongo que intenta animarme, claro, y que esta será la típica frase de motivación que tiene para sus pacientes.

—¿Eres deportista, Julie?

—Querrás decir que si era deportista...

Brett abre levanta las palmas de las manos en señal de rendición.

—Supongo que no demasiado; me gustaba bailar, nadar y..., bueno, creo que cualquier deporte que estuviera relacionado con el agua.

Él asiente.

—¿Y si te dijera que puedes seguir nadando?

Le miro fijamente sin comprender muy bien a qué se refiere. ¡Claro! Por supuesto, él está hablándome de natación para paralíticos. Lo he visto alguna vez en televisión y puedo hacerme una idea sobre de qué va el asunto.

—No quiero nadar sin piernas —respondo a bocajarro de forma cortante, dejándole claro que esta conversación lo único que está logrando es hundirme todavía más.

—Las sirenas no tienen piernas —señala él, guiñándome un ojo.

Sé que solo intenta sacarme una sonrisa, pero esta vez no lo consigue. No estoy de humor.

—Está bien, Julie —culmina Brett, dejando el tenedor a un lado para sujetar mi mano entre las suyas—, mañana a las nueve de la mañana me pasaré a buscarte. Voy a enseñarte todo lo que puedes hacer, con o sin piernas.

Brett me mira con tanta fijación que parece dispuesto a traspasarme hasta el alma. Sus manos siguen sujetando la mía y nuestros rostros están cerca, muy cerca. Cualquiera que nos vea desde fuera pensaría que entre nosotros hay algo más de lo que realmente hay. Pero, ¿y si Mj no se equivocaba? ¿Y si de verdad se ha fijado en mí? No tiene sentido. No tiene el más mínimo sentido.

—Está bien —respondo, y sin darme cuenta, sonrío.

Cuando Brett me dejó ayer en casa pensé que hoy me despertaría de buen humor y con ganas de comerme el mundo. Pero no, la realidad es que no. No tengo ganas de nada y lo último que me apetece es que mi fisio me pasee por todas partes mostrándome lo maravilloso que es nuestro entorno.

Sé que no estoy muerta. Sé que aún puedo hacer cosas y sé que esto no es el fin del mundo, que aprenderé a vivir con ello. El problema es que yo no nací con esta discapacidad y que, durante toda mi vida, he podido disfrutar las cosas de forma muy diferente. Algunos pensarán que eso me hace afortunada. Muchos que están en mi lugar y que han nacido de esta forma me dirían que matarían por vivir la experiencia que yo he tenido. Lo sé, no soy estúpida. Pero lo que no saben es que ahora mismo me cambiaría por ellos. Si hubiera nacido así... mi perspectiva de la vida sería totalmente diferente y asimilar las cosas no costaría tanto. En realidad, ni siquiera costarían. Hubiera sido una adaptación progresiva y una normalidad forzada de la que ni siquiera hubiera sido consciente.

A las nueve en punto, tal y como habíamos quedado, él toca el timbre de casa. Mi madre se apresura a abrir la puerta y a interrogarle. Lo sé porque, a pesar de que yo aún estoy en la planta de arriba, puedo escucharla soltar una pregunta detrás de otra y el leve murmullo de la voz de Brett respondiéndola con educación. Me subo al montacargas y pulso el botón de descenso mientras rezo porque mi maravillosa, dramática y pesada madre no me esté dejando en mal lugar.

—¡Ay, Dios! ¡Eso es fantástico! —grita ella, radiante de felicidad.

Frunzo el ceño mientras me acerco hasta ellos de forma apresurada.

—¿Qué es fantástico? —pregunto, confusa.

Mi madre aprieta los labios y Brett sonrío.

—Tonterías —responde él—. ¿Nos vamos?

Los miro de uno a uno, procurando descifrar lo que está ocurriendo entre ellos. ¿Me están ocultando algo?

—¿Qué pasa? —insisto.

Odio las sorpresas.

—No pasa nada —asegura él, antes de echar a caminar hacia el furgón con el que ha venido.

Sonrío cuando lo hace.

Puede parecer una tontería, pero es la única persona que actúa así conmigo. Cualquiera conocido en su situación, incluida mi madre o Rick, hubiera rodeado la silla para empujarla hasta allí. Pero él no. Siempre va a su rollo y deja que yo misma me las apañe sola. Por una parte, puede resultar frustrante, pero en el fondo lo agradezco. Me gusta que no me vea como "la pobre chica del accidente" o "la lisiada con que cargar". Simplemente me ve como Julie, y eso es genial.

Noto cómo la silla se vuelve ligera y me doy cuenta de que mi madre se ha colocado detrás para empujarla. Me río en voz alta mientras freno las ruedas en seco.

—Mamá, gracias, pero puedo yo sola.

Ella pestañea.

—¿Segura?

—Sí, gracias —repito, esperando a que me suelte.

Brett me espera con la puerta abierta y una sonrisa.

Como su furgón está preparado para la silla de ruedas, no necesito ayuda para subirme al asiento. Simplemente empujo las ruedas y subo por la rampa hasta el interior. Dentro hay un cinturón que puedo abrocharme yo misma, rodeando la silla levemente.

—¿Preparada? —me pregunta con una sonrisa pícaro.

Parece emocionado.

—No me vas a decir a dónde vamos, ¿verdad?

Él niega.

—Ni una sola palabra hasta que lo veas con tus propios ojos.

El mal humor con el que he amanecido se va disipando poco a poco. Me doy cuenta de que desde que he salido del coma soy así; mi carácter puede fluctuar varias veces durante un mismo día.

Aproximadamente diez minutos después, Brett aparca la furgoneta en el parking privado de un edificio del centro. No parece un centro de actividades para minusválidos ni nada parecido.

—¿Dónde estamos? —inquiero mientras desciendo por la rampa del furgón.

Pero él me ignora.

—Quiero enseñarte una cosa.

Le miro con curiosidad siempre intento relajarme. No sé muy bien cuál es la razón, pero estoy nerviosa. Muy nerviosa.

—¿Por qué haces todo esto? ¿Por qué intentas ayudarme?

—¿Y por qué no? —replica, como si mi pregunta fuera de lo más absurda, justo antes de darse la vuelta y echar a caminar hacia el ascensor.

Como siempre, sin esperarme.

Cuando me planto frente a la puerta me doy cuenta de varias cosas. La primera es que el ascensor es amplio y grande, perfecto para meter en él la silla de ruedas sin problemas. Y segundo que los botones están mucho más accesibles que de costumbre, mucho más bajos. Estoy a punto de preguntarle, una vez más, "a dónde vamos". Pero esta vez consigo contener mi curiosidad y me subo al ascensor en silencio, sin hacer preguntas. Su teléfono móvil empieza a sonar mientras las puertas se cierran.

—Vamos al séptimo —anuncia, mientras rebusca en sus bolsillos hasta encontrar el aparato.

Yo pulso el botón número 7. Sí, el panel está mucho más accesible de lo común y, si he de ser sincera, lo agradezco profundamente. Por primera en mi vida soy consciente de lo poco preparado que está el mundo para todas esas personas que, como yo, no pueden levantarse sobre sus piernas.

Brett cuelga la llamada antes de que las puertas del ascensor se abran. Le llamaban de la compañía de seguros para venderle un nuevo producto. Nada interesante.

—¿Dónde estamos? —suelto de nuevo, extrañada, al comprobar que salimos a un pasillo con cuatro puertas diferentes.

Parece que estamos en un edificio normal, con pisos normales. No parece un centro terapéutico ni nada parecido.

—Estamos en mi casa —me suelta con una sonrisa de oreja a oreja mientras mete las llaves en la cerradura del 7C—. Julie, bienvenida a mi humilde morada.

Yo, blanca y sin comprender qué diablos hago en este lugar, paso al interior sin ocultar lo extraña que me siento mientras él sostiene la puerta. Brett pasa detrás de mí y enciende las luces. Me doy cuenta al instante de que el piso es diáfano, sin puertas ni tabiques. Es luminoso y prácticamente no hay muebles por el medio. Es minimalista, sencillo y elegante.

—¿Por qué estoy en tu casa? —le pregunto, extrañada.

Él sonrío de forma juguetona.

—Porque hoy vas a ayudarme a cocinar —me explica con diversión—. ¿No dijiste que la lasaña de espinacas era tu plato favorito? Pues... ¡Manos a la obra!

Le miro boquiabierto, intentando encontrarle la gracia a la broma. Porque, evidentemente, esto tiene que ser una broma... ¿no? ¿O de verdad me ha traído a su casa para que le ayude a cocinar? ¿Es que no se le ocurría un plan mejor?

—La cocina está al fondo, unida al salón —dice, señalándola—. Los ingredientes están en la nevera, así que puedes ir sacándolos y empezando a picar la verdura mientras voy a buscar un par de delantales.

Aún estoy consternada, así que me cuesta escuchar lo que me está diciendo.

—Tienes que estar bromeando —suelto finalmente.

Pero ya es tarde. Brett ha desaparecido de mi lado y se ha marchado. Siguiendo sus pasos, camino hasta el frente hasta llegar a la cocina. Y, entonces...

—Guau... —murmuro boquiabierto al comprobar que la encimera está mucho más abajo que la de mi casa.

No solo es que la encimera esté más baja, sino que además bajo el fogón y el fregadero no hay absolutamente nada. El hueco está vacío, sin armarios ni trastos. Abro un par de cajones. Son de click, no correderos. Perfectos para alguien que está en mi lugar. Y, para rematar, la nevera y el congelador están en módulos separados, al ras del suelo.

No necesito sumar dos más dos para darme cuenta de que este piso está preparado para la vida de una persona que está en silla de ruedas. Lo que no termino de entender es por qué. Brett nunca ha estado en silla de ruedas, ¿o sí?

—Mi madre —me dice él, adivinando mis pensamientos—. Mi madre era minusválida. Mi tía también. Y puede que, en un futuro, yo también lo sea. Es algo genético contra lo que no puedo luchar.

—¿Y has diseñado tu piso en función de algo que podría ser o no ser?

Él suelta una risotada.

—No, no. Eso sería demasiado pretencioso por mi parte —dice, todavía riéndose—. Diseñé este piso así porque quería crear un lugar en el que mi madre se sintiera cómoda cuando me visitase. ¿Sabes, Julie? Vengo de una familia humilde y trabajadora, y las cosas para ella nunca fueron sencillas. Quería que al entrar por esa puerta —añade, señalando la puerta de la calle—, se sintiera cómoda y lo viera todo con otra perspectiva.

Cojo aire profundamente y asiento.

Sí, puedo entenderlo, pero...

—Pero, ¿qué hago yo aquí, Brett? No lo entiendo.

—Espero lo mismo que esperaba de mi madre —me explica—. Que, tras cruzar la puerta, te sientas cómoda y vuelvas a ver todo desde otra perspectiva.

Lo pienso unos instantes, intentando decidir si lo que dice tiene sentido o no. Y sí, lo tiene. No hay muebles por el medio, puedo valerme por mí misma y... no me siento inútil. No siento que la situación me supere.

—¿Nos ponemos manos a la obra? —pregunta, guiñándome un ojo mientras saca la tabla de picar.

Él coge una silla y se sienta a mi lado. Y yo..., bueno, no puedo evitar sentirme como si estuviera en mi propia casa. Brett se ha molestado en comprar todo tipo de

ingredientes, sin olvidarse ni un solo detalle. Y, para rematar, la batuta la lleva él porque, aunque la lasaña de espinacas sea mi plato favorito, a mí nunca se me ha dado demasiado bien la cocina. Una media hora después, metemos la bandeja con nuestra creación al horno y nos dedicamos a preparar la mesa.

Mantel, cubiertos, platos, dos copas de vino con su respectiva botella y, para rematar, velas. Todo es perfecto.

—Esto empieza a parecerse a una cita... —bromeo cuando veo lo bonito que ha quedado todo.

Brett me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Y qué se supone que es?

Pestañeo varias veces, incrédula.

—¿Esto es una cita? —vuelvo a preguntar, sin comprender nada.

Él suelta a una carcajada.

—Bueno, la verdad es que, si invito a una chica un sábado a hacer un plan, sea el que sea, suelo esperar que lo considere una cita.

No lo entiendo. Por muchas vueltas que le dé, no consigo comprender absolutamente nada.

—¿Y por qué ibas a querer tener una cita conmigo?

Ahora es Brett el que deja de sonreír y parece confuso.

—¿Y por qué no, Julie? Dejando de lado lo guapa que eres..., no lo sé. Me llamas la atención —explica con timidez—. ¿Nunca has conocido a alguien que te ha cautivado de un simple vistazo? Y no me malinterpretes —añade con rapidez—. No hablo de amor a primera vista ni nada parecido... Si no de atracción a primera vista.

Sí, claro.

Entiendo lo que quiero decir, pero sigo confusa. ¿Por qué Brett iba a fijarse en mí? Acabo de despertar de un coma y no estoy, precisamente, en mi mejor momento.

—¿Y por qué querrías tener una cita conmigo si ahora mismo soy... una carga? —concluyo, sin andarme con rodeos—. Es que no lo entiendo. Incluso cuando mis padres me miran puedo ver la lástima que sienten por mí.

—¿Y cuándo yo te miro ves que sienta algo parecido a lástima?

Me quedo pensándolo unos instantes. No.

—Mira, Julie... Lo que te ha pasado es una verdadera putada, lo sé —se explica él mientras me llena una copa de vino—. Pero la vida continúa y tú aún tienes mucho que demostrarle al mundo. He visto a mucha gente consumirse en una silla de ruedas y, a su vez, he visto a muchas personas comerse el mundo desde ella. Tienes que decidir qué clase de persona quieres ser.

Me río de forma irónica.

—No es tan fácil...

—En el instante en el que comprendas que esa silla de ruedas no te condiciona para nada, lo será. Hay gente que no puede montar a caballo porque tiene miedo. Otras personas no pueden subirse a alturas. Algunas tienen pánico a los insectos y jamás han puesto un pie en una montaña... ¿Tú tienes miedo de tu silla de ruedas?

Cojo aire profundamente y acepto la copa que me tiende. Le doy un sorbo.

—No. No quiero tenerla miedo... Pero ahora mismo, sí que se lo tengo.

Él me observa con ternura. Toma asiento a mi lado y desliza su mano sobre mi rodilla.

—Puede que en unos meses te levantes y camines. O puede que no lo hagas jamás... Así que voy a darte un consejo y, después, si me lo permites, quiero dejar este tema de lado y seguir conociéndote —me pide—. ¿Bien?

—Bien —respondo, sin poder evitar emocionarme un poco.

—No te quedes sentada esperando algo que no sabes si algún día sucederá.

Y justo en ese instante, cuando estoy a punto de echarme a llorar, el horno pita señalando que la lasaña ya está lista. Brett tuerce una sonrisa a un lado y, justo antes de levantarse para ir a ver el resultado, me da un pequeño beso en la mejilla que me deja sin respiración. Sonrío, ilusionada. Sin quererlo y sin pretenderlo, vuelvo a sentirme como una niña de instituto.

—Esto tiene una pinta increíble... —grita desde allí.

Yo me echo a reír como una loca, liberándome de todos esos miedos que hasta hacia un instante me destrozaban por dentro.

Comemos. Y me sorprendo al comprobar que la comida es muy agradable. Brett es un chico increíble. Simpático, divertido, sabe cocinar, le encantan los deportes y, lo que más me gusta de todo, es lo empático que es. Estar con él es tan sencillo como respirar. Las horas pasan y, junto a ellas, el cielo se va oscureciendo y tiñendo de un precioso anaranjado. Observamos el anochecer desde el ventanal de su salón mientras picamos unas pastas de chocolate.

—Voy a ponerme gorda y fea —digo, bromeando.

Aunque, en el fondo, es algo que me preocupa de verdad. Desde que me desperté no he hecho otra cosa aparte de comer bombones.

—Tener que tirar de esas ruedas a todas horas es un consumo extra de calorías que antes no hacías —me explica, guiñándome un ojo—. Así que creo que, por ahora, no tienes de qué preocuparte.

Acepto su teoría. No porque crea que no tengo nada de qué preocuparme, sino

porque sentirme mal por comer no me ayudará a nada. Hago un pequeño movimiento y siento cómo la vejiga está a punto de reventarme. Hace horas que necesito ir al servicio, pero todavía no he sacado agallas para hacerlo. Aquí no está ni mi madre ni Rick, así que no sé cómo me las apañaré para sentarme en el inodoro sin ayuda.

—Tengo que ir al baño —le explico cuando siento que ya no puedo más.

Brett sonrío.

—Al fondo a la derecha —me explica—. La puerta marrón.

Me echo hacia atrás y me deslizo hasta allí. Los picaportes de la puerta están bajos y es sencillo abrir y cerrar las puertas. Muchísimo más sencillo que en mi casa. ¿Cuánto dinero costará acondicionar una casa para una silla de ruedas? No tengo ni idea y sé que, ahora mismo, mi madre no tiene demasiado dinero. El elevador ha supuesto un grandísimo pago extra con el que no contaban y los he escuchado decir que están apurados. Supongo que, tarde o temprano, tendré que marcharme de allí e independizarme, ¿no? Y el día que eso ocurra, me preocuparé porque sea a un lugar como este.

El baño es amplio y muy espacioso. El lavabo está muy bajo y el espejo que hay sobre él está ligeramente inclinado, de manera que puedo verme por completo y perfectamente sin necesitar levantar la cabeza como si fuera una jirafa. La ducha también es perfecta. Grande, con un platillo gigante. Mi madre me ha comprado la silla de ducha para que pueda meterme yo sola, pero la falta de espacio sigue siendo un problema muy difícil de resolver. En el piso de Brett no ocurre. Porque, aunque tiene muy pocas habitaciones, que todo sea diáfano y amplio facilita mis movimientos.

Miro hacia el inodoro. Junto a él, hay una barra blanca. Acerco la silla y la pongo paralela a la taza abierta mientras, estupefacta, observo la barra. Sé cuál debe de ser la teoría. Frenar la silla, bajar las piernas del soporte, sujetarme a la barra y deslizarme con fuerza hacia el inodoro.

Ya llevo, al menos, diez minutos aquí. Si estuviera en mi casa mi madre ya estaría aporreando la puerta por si me ha pasado algo. Pero Brett, no. Me concede mi espacio, dando por hecho que sabré apañármelas por mí misma. La verdad, debo admitir que creo que él tiene mucha más confianza de la que tengo yo en mí misma. Bajo las piernas al suelo. Me aseguro que la silla esté bien frenada y, con todas mis fuerzas, me arrastro desde la silla hasta el inodoro sujetándome de la barra, tal y como dice la teoría que se haga. Estoy a punto de caerme entre medias, pero al final lo consigo. Y me sorprende al comprobar que es mucho más sencillo de lo que había imaginado en un principio. Y que conseguir valerme por mí misma me hace sentirme bien. Más que bien.

Cuando salgo del servicio no puedo evitar sentirme feliz. Es la primera vez desde el

día en el que me desperté que he conseguido ir al baño yo sola. Suena ridículo, lo sé. Pero para mí es un gran paso.

—Te han llamado —me comunica Brett mientras me coloco a su lado, junto al sofá.

—Si es importante volverán a llamar —le digo, colocando la silla junto al sofá.

El anaranjado del cielo ha pasado a ser un morado oscuro. La luna ya se deja entrever entre las nubes y los altos tejados de la ciudad.

—¿Por qué no te sientas aquí, conmigo? —pregunta.

Le miro de reojo sin comprender a que se refiere.

—¿En el sofá?

Brett asiente y yo, suspirando, me acerco hasta él.

—No sé si seré capaz... —comienzo, pero dejo la frase en el aire y decido no terminarla por qué sé lo que me dirá.

Que seré capaz si me lo propongo.

Sin mucha confianza, intento hacer el salto hasta el sofá y... ¡Lo consigo! ¡Lo consigo sin problemas! Sonrío con autosuficiencia, feliz, mientras Brett finge no haberse dado cuenta de que es la primera vez que hago algo así.

—Prefiero tenerte aquí, más cerca... —me dice, acariciándome la mano de forma delicada.

Y justo en ese instante, mi teléfono vuelve a sonar de nuevo.

Me inclino para cogerlo cuando, de pronto, siento un extraño mareo. Me palpita la cabeza y cierro los ojos para asimilar una punzada de dolor que se instala en mi sien. Y cuando vuelvo a abrirlos, dejo el apartamento de Brett de lado y aparezco en mi coche. Estoy nerviosa. Me tiemblan las manos alrededor del volante y no dejo de mirar por el retrovisor, una y otra vez. Siento cómo las lágrimas me inundan el rostro sin descanso y cómo me cuesta respirar por la congoja del momento. El corazón me va a mil por hora.

—Julie... ¡Julie!

El teléfono móvil está sonando en alguna parte del coche. Me agacho y lo intento encontrar, pero en algún momento he derramado todo el contenido de mi bolso por el asiento copiloto y no lo encuentro. Escucho un claxon sonar. Una vez, otra vez. Y, entonces, cuando subo la cabeza para volver a centrarme en la carretera, todo se vuelve negro.

—¡Julie! ¡Julie! —exclama Brett.

Abro los ojos y le veo frente a mí.

Me tiene sujeta por los hombros y me observa asustado. Yo, sin quererlo, me echo a llorar y me lanzo a sus brazos. Él me estrecha con fuerza, consolándome. Sin hacerme preguntas y sin querer saber qué me pasa. Simplemente me concede mi espacio y... está

aquí, conmigo. Mi teléfono móvil vuelve a sonar.

—Acabo de tener un recuerdo del momento del accidente... —murmuro con la voz rota, sin soltarme.

—Ya ha pasado, Julie... Ahora estás aquí, conmigo.

Que mi madre me llame como una loca cada vez que salgo de casa es algo a lo que no estoy demasiado acostumbrada. Ahora, de repente, vuelvo a ser una niña de doce años que no puede salir de casa sin su supervisión.

Me doy la vuelta en la cama, decidida a seguir remoloneando dentro de las sábanas un buen ratito más. Estoy cansada y necesito recuperar energía. Cierro los ojos y rememoro el día de ayer con una sonrisa en los labios. Me lo pasé muy bien con Brett y, si he de ser sincera, debo admitir que me gusta. Es guapo, simpático y, lo más importante de todo, me acepta tal y como soy. O, mejor dicho, me acepta tal y como estoy ahora mismo. Me digo a mí misma una y otra vez que este estado será transitorio y quedará atrás, pero en el fondo creo que lo único que estoy intentando hacer es autoconvencerme. Debería asimilar mi situación y, simplemente, aceptarla. Tal y como hace Brett.

Dos golpes secos contra la puerta de mi habitación hacen que pegue un brinco inesperado.

—¿Puedo pasar?

Es Rick.

—Puedes pasar —le digo desde el otro lado de la puerta.

Él entra y me dedica una pequeña sonrisa.

—Acaban de llegar del hospital. Por lo que parece tu fisioterapeuta ha pedido una sesión de terapia de psicología para ti —me explica, alzando las cejas sorprendido—. ¿Estás bien?

Frunzo el ceño, sin comprender a qué se refiere.

—¿Qué ha pedido qué? —pregunto, confusa.

Rick se encoge de hombros, dejándome claro que sus conocimientos no van más allá. Me pregunto a mí misma porqué Brett haría algo así y, finalmente, caigo en la cuenta. La llamada de teléfono. Estoy segura de que tiene que ser por mi reacción a esa llamada.

—Te han dado cita mañana, después de la rehabilitación... Pero siempre se puede llamar y cancelar.

—Pues... Déjame pensarlo —respondo, dubitativa.

Rick sigue mirándome fijamente.

—¿Quieres algo más? —pregunto, sin comprender por qué no se marcha.

Él coge aire y, de morros, responde.

—En realidad... Tienes visita —me dice de forma escueta y con mala cara—. Ha

venido Mj.

Me quedo mirando a Rick fijamente mientras cojo aire profundamente y lo suelto con mucha lentitud. Ver a Mj hoy no entraba en mis planes y, si he de ser sincera, tampoco me apetece demasiado.

—Bajo en diez minutos —digo finalmente, decidida a descubrir por mí misma qué es lo que quiere. Esconderme solamente me haría una cobarde—. Dile que espere.

Rick asiente, pero continúa ahí, sin moverse.

—¿Qué ocurre?

—Siempre puedo decirle que se marche por donde ha venido.

Yo suelto una risotada y él, a pesar de lo serio que me lo ha dicho, se contagia y sonrío.

—Tranquilo, Rick. Puedo deshacerme de él yo misma si lo necesito.

Mi padrastro asiente y desaparece de mi campo de visión mientras yo me preparo psicológicamente para vestirme sin ayuda. Hacerlo me cuesta tanto que necesito unos minutos previos solamente para armarme de valor. Tardo casi veinte minutos. Si fuera cualquier otra persona me sentiría culpable por haberle hecho esperar tanto, pero siendo Mj, me da igual. Ese chico ha dejado de importarme lo más mínimo.

Bajar en el elevador también me lleva un buen rato. Y, cuando llego abajo, la estampa que me encuentro me saca una sonrisa inevitable. Mj está sentado en la mesa muy serio y, frente a él, está Rick mirándole muy fijamente y todavía más serio. Parece que le quiere fulminar con su visión de rayos X. Y es una verdadera lástima que no pueda hacerlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sin andarme con rodeos.

Rick no hace ademán de levantarse de la mesa. Está dispuesto a quedarse aquí, protegiéndome, por si necesito un guardaespaldas.

—Me preguntaba si necesitabas chofer para ir a rehabilitación y...

—No lo necesita —interrumpe Rick.

En cualquier otro instante de mi vida le pediría que no se metiera en nuestra discusión, pero hoy no. Le dejo interrumpir porque sé que Mj odia con toda su alma quedar mal delante de los demás, y quiero que sepa que en estos instantes yo no soy la única persona que siente odio hacia él.

—Podías haber levantado el teléfono y haberme llamado, ¿no crees?

Él me mira. Parece dolido.

—Por favor, Julie... Déjame acompañarte —suplica—. Déjame ayudar en algo.

Cojo aire. No sé qué responder.

Rick carraspea un par de veces.

—¿Hoy no ibas a pasar la tarde con el médico ese? Me suena que ayer se lo dijiste a Isabella cuando llegaste a casa.

Un punto para Rick. A veces es muy oportuno con sus comentarios.

—Sí, es verdad... Anoche se nos hizo tarde y hoy queríamos retomar la cita donde la dejamos —digo, riéndome de forma interna y feliz por el puñetazo en el estómago que le estoy dando con esto—. Así que, sí. Si quieres puedes llevarme y dejarme allí. No voy a necesitar que te quedes a esperar.

He intentado hacer énfasis en eso de "la cita". Y por su gesto descompuesto, diría que ha hecho efecto.

—Vale, pues... Te llevo.

—¿Estás segura? —inquire Rick, mirándome a mí—. Puedo llevarte sin problemas, ya lo sabes.

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Déjalo, Rick. Te lo agradezco.

Mj se levanta de forma apresurada de la mesa. Sé que estaba deseando hacerlo y perder a mi padrastro de vista. Camina junto a la silla de ruedas en dirección a la entrada y puedo percibir lo tenso que está. Ni siquiera se molesta en mirarme a la cara. Mantiene la vista fija al frente, deseando escapar de este lugar.

Le conozco tan bien... Y supongo que esa es la verdadera razón por la que su traición me ha resultado tan dolorosa. Phoebe y él eran mi familia. No biológica, pero sí la que había escogido para compartir mi vida.

Salimos a la calle. Rick nos sigue pisándonos los talones para ayudarme a subir al coche. Y, la verdad, me alegra que lo haga. Prefiero que sea él quien me aúpe hasta el asiento antes que Mj. Supongo que todavía no estoy preparada para que haya un contacto tan estrecho entre nosotros.

Nos subimos al coche. Yo viajo delante, junto a él.

—¿Estás bien? Te noto... diferente.

Asiento con la cabeza.

—La verdad es que sí —respondo, intentando no perder mi confianza y convicción—. Brett me está ayudando muchísimo a enfocar todo esto de forma positiva. Su compañía me está viniendo muy bien.

Le digo, procurando clavarle los cuchillos profundamente.

—Ya veo... ¿Estás saliendo con él? —inquire.

Yo suelto una risita nerviosa y le miro con el ceño fruncido.

—Ya, sí... Sé que no es asunto mío y que después de todo no debería hacer preguntas de este estilo, pero... No sé. No creí que me molestaría tanto.

Escuchar eso de sus labios es como anotarme una victoria. "Pues espero que te moleste y que te duela", pienso, sin decirlo en voz alta, disfrutando por poder devolverle una pizca del dolor tan intenso que él me ha causado.

—¿Vais en serio? ¿Te gusta?

—Tienes razón, Mj. No deberías hacerme este tipo de preguntas sin siquiera haberte molestado en responder a las mías.

Él me mira extraño, sin comprender a qué me refiero.

—¿Tus preguntas? ¿Qué quieres preguntar? —inquiere, procurando mantener la atención en la carretera, pero, a su vez, muy nervioso.

Puedo notarlo en su comportamiento y en su tono de voz.

—Me dijiste que hacía meses que tú y yo ya no teníamos nada... Que lo nuestro estaba roto desde hacía mucho.

Mj asiente mientras se prepara para aparcar el coche en un parking cercano al centro.

—Entonces, ¿por qué mi madre me dijo que pasamos la noche previa al accidente juntos? ¿Por qué dormimos juntos?

Él me mira muy fijamente mientras se muerde el labio inferior.

—Es más complicado de lo que crees.

Yo suelto una risita.

—No, no lo es —respondo con rapidez—. Pero en realidad, me da igual... Ayúdame a bajarme del coche, por favor.

Si tuviera piernas, hubiera salido de aquí propinando un dramático portazo. Y bueno, en realidad, piernas tengo. Pero no funcionan como deberían funcionar.

—Quiero arreglar las cosas contigo, Julie... Quiero seguir formando parte de tu vida.

Siento que ese maldito nudo que ayer Brett consiguió deshacer se va formando de nuevo, muy lentamente. Otra vez me siento mal y tengo ganas de llorar.

—Ayúdame a salir del coche o llamaré para pedir ayuda —le digo, levantando mi teléfono móvil en alto.

Mj suelta un suspiro de desesperación antes de salir del coche y rodearlo. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza cuando pone sus manos sobre mi cuerpo.

—Sabes que te quiero con locura, Julie... —me susurra al oído—. No quiero perderte de nuevo.

Nos miramos fijamente a los ojos. Está siendo sincero, sí... Pero no puedo permitir que me haga daño una segunda vez.

—En el momento en el que escogiste a Phoebe antes que a mí, me perdiste —le respondo, procurando no echarme a llorar.

Él me deja sobre la silla de ruedas y yo me acomodo con rapidez antes de alejarme de él sin decir nada más. Ni siquiera un adiós. Sé que no soportaría una despedida sin venirme abajo.

Cuando entro en el centro de rehabilitación me doy cuenta de lo disgustada y triste que estoy. Que él me haya traído hasta aquí ha sido totalmente contraproducente.

Brett me saluda con una sonrisa de oreja a oreja mientras termina con el paciente anterior a mí y yo... Yo le devuelvo el saludo sintiéndome infeliz y deprimida. Él lo presiente. Lo sé. Entre nosotros se ha formado una extraña conexión que es difícil de explicar. Pero es como si, de alguna forma, él pudiera entenderme con tan solo una mirada.

—Veo que hoy no es un buen día —señala cuando por fin se acerca a mí.

Yo me encojo de hombros sin saber qué responder. No me apetece hablarle de Mj.

—No lo es —respondo a secas, sin dar más explicaciones.

Él tampoco me las pide ni las necesita.

—¿Qué te parece si hoy hacemos otro tipo de rehabilitación? —me dice, guiñándome un ojo.

—¿Otro tipo de rehabilitación?

Brett se ríe mientras yo intento descifrar a qué se refiere.

—Una más callejera —me dice, quitándose la bata con las cejas en alto—. ¿Nos vamos?

Yo suelto una carcajada sin comprender nada.

—¿Lo dices en serio?

No lo entiendo.

Tenemos toda la tarde para estar juntos, así que...

—Sí, así es —responde—. Hoy voy a enseñarte a sobrevivir en la ciudad con una silla de ruedas —explica risueño—. Eso y... dónde encontrar el mejor perrito caliente de la historia de Nueva York.

Y, en ese momento, todas mis tristezas desaparecen y vuelvo a recuperar la energía renovada con la que me había despertado. Esa energía tan positiva e intensa que Brett proyecta en mí.

—Bienvenida a mi consulta, Julie... —me dice la doctora Everson con una sonrisa contagiosa y calmada. Tiene el tono de voz pausado y transmite muchísima calma—. He estado hablando con el doctor Hart —Brett, para mí— y me ha explicado el episodio que sufriste el otro día mientras estabais en rehabilitación.

En realidad, estábamos en su casa.

Pero supongo que eso es lo que menos importa.

—Es que a veces tengo esos flashbacks, pero en realidad no consigo recordar nada... Son como imágenes sueltas o sensaciones.

Ella asiente.

—Seguramente no consigas recordar nada de los últimos meses previos al accidente porque tu mente ha corrido un velo y los ha escondido para protegerte de ese momento tan traumático en el que te chocaste. Una forma sencilla de “desbloquear” todos esos recuerdos es remorar el momento del accidente y enfrentarte a él. Una vez superes ese episodio, recuperarás todos tus recuerdos.

Asiento con la cabeza, en silencio.

—El problema es que no soy capaz de recordarlo. Por mucho que lo intento, no voy más allá de la ansiedad, el sonido del teléfono y el ruido de fondo del tráfico. Nada más.

La doctora Everson se levanta de su silla y pasea a mi alrededor.

—Si te parece bien, Julie, vamos a hacer un trabajo de hipnosis... ¿Te parece bien?

—Sí —respondo de forma escueta, nerviosa.

La doctora activa un aparato metálico que produce un sonido similar al del segundero de un reloj: tic, tac, tic, tac, tic tac... Constante y repetitivo.

—Cierra los ojos, Julie, e imagina que estás tranquilamente en tu coche... Estás conduciendo sin rumbo, simplemente disfrutando del momento. ¿Llueve?

Hago lo que me dice y cierro los ojos. Conduzco mi coche con el volante sujeto entre mis manos, bien fuerte. La luna delantera está salpicada de gotas, y aunque la lluvia suele ponerme muy nerviosa, yo conduzco tranquila. A penas hay tráfico y no tengo ninguna prisa.

—Sí, llueve.

—Muy bien, ¿a dónde vas?

Me encojo de hombros, intentando distinguir lo que hay a mi alrededor.

—No lo sé... —murmuro, distraída.

Tic, tac, tic tac...

La lluvia cada vez es más intensa. Poco a poco la carretera desértica por la que circulo se va desvaneciendo y, antes de que sea consciente, estoy inmersa en el denso tráfico del centro de la ciudad. Ahora ya no conduzco relajada. Miro por el espejo retrovisor una y otra vez, nerviosa. Tengo la sensación de que hay me persigue. Tic, tac, tic, tac...

—Julie, ¿sigues sin saber dónde estás?

Mi teléfono móvil suena una y otra vez, sin descanso.

Busco el provenir del sonido, pero el contenido de mi bolso está desparramado por el asiento copiloto y no lo encuentro. No encuentro el móvil. Vuelvo a mirar por el espejo retrovisor. Me persiguen. No recuerdo quién, ni por qué, pero alguien va detrás de mí.

—Tengo que llegar antes que ellos —murmuro en voz baja, con los ojos repletos de lágrimas.

—Julie, ¿quiénes son ellos? ¿Dónde estás?

Me tiemblan las manos y las piernas. Estoy muy nerviosa.

Vuelvo a agacharme para coger mi teléfono, que no para de sonar. En la pantalla aparece un nombre iluminado en grande "Phoebe". Me tiembla la mano cuando pulso el botón de la tecla verde.

—¿Quieres que me mate, Julie? ¡Para el maldito coche! —grita ella, histérica.

El corazón me late con fuerza.

—¡Para el maldito coche de una puta vez! —grita a través del altavoz.

Levanto la cabeza y, de pronto, veo el coche de Mj dirigiéndose hacia mí en el cruce de la avenida Floods. Ni siquiera tengo tiempo para pensar, solamente reacciono. Estoy a punto de chocarme de bruces contra él, así que pego un fuerte volantazo e inundo el carril contrario. Suena un golpe estruendoso, y siento cómo el estómago me da un vuelco mientras los cristales de mi cochen explotan en mil pedazos. Tengo miedo. Pánico. Soy consciente de que estoy dando una vuelta de campana y de que, con casi total probabilidad, no sobreviviré.

Entonces todo se queda negro.

Tic, tac, tic, tac...

—Julie, ¿estás bien? —inquire la doctora Everson.

—Sí —respondo, intentando controlar el ritmo descontrolado de mis pulsaciones.

Tic, tac, tic, tac...

—Vale. ¿Has recordado algo?

—El accidente... —murmuro en voz muy baja, concentrándome en el sonido que hay de fondo.

—Muy bien —me dice—. Ahora intenta desbloquear los demás recuerdos. Intenta que todo fluya...

De pronto, la penumbra en la que estaba sumida desaparece por completo y vuelvo a aparecer en el campus. Miro el reloj de mi muñeca. Mj ya ha salido de entrenar y estoy yendo hacia allí a darle una sorpresa. Cuando paso por el pasillo que hay frente a la clase de química —es el camino más rápido hasta los vestuarios— miro por la ventana. Está lloviendo. Es el día del accidente; las horas previas. Acelero el paso, aunque no estoy nerviosa. En ese momento todavía no era consciente de lo que iba a suceder. Vuelvo a mirar el reloj mientras pienso en dónde cenaremos esa noche; habíamos quedado en que aprovecharíamos la tarde para tener una cita romántica, como antaño. Últimamente Mj anda un poco esquivo y quiero preguntarle qué le sucede. Puede que sea la presión de los exámenes o simplemente que su entrenador vuelve a estar coaccionándole. No lo sé. Acelero aún más el paso. Escucho el agua de la ducha a través de la ventanilla del vestuario y quiero sorprenderle. Sé que está solo, porque me he encontrado en el parking del campus con Mike y me ha dicho que ha sido el último en quedarse corriendo en la pista.

Entro sigilosamente y me sorprendo cuando escucho más de una voz. Estoy a punto de salir de ahí escopetada cuando, de pronto, me doy cuenta de que la segunda voz, la que no es de Mj, es femenina. Y es conocida. Es Phoebe. Miro hacia el banco de los cambiadores. La mochila de Mj está cerrada, su ropa de deporte está en el suelo y, junto a ella, hay ropa de mujer. Ropa que me es muy familiar. Aprieto los puños mientras el rostro se me inunda de lágrimas. “Tiene que haber una absurda explicación”, pienso. Pero cuando me asomo a la ducha, comprendo que no la hay. Phoebe está desnuda, contra la pared, y Mj... Mj está detrás de ella. Intento contener un grito de histeria, pero no lo consigo. Ellos pegan un brinco, sobresaltados, antes de separarse el uno del otro. Él me mira. Puede ver mi dolor, lo sé. Puede intuir lo desgarradora que está siendo esta traición para mí.

—Joder, Juls... ¡Joder! —grita Mj—. ¡No es lo que parece, Julie!

—¿Arvel... lo sabe? —consigo decir con la voz rota y tartamudeante.

Phoebe, que está tapada con una toalla que ha rescatado de las perchas del fondo, abre los ojos como platos. Arvel es su novio. Arvel tiene muy mala leche. Arvel tiene tres denuncias por agresión estando borrachos y una más sin estarlo, cuando en pleno partido de rugby le mordió y arrancó el lóbulo de la oreja a uno de sus contrincantes.

—No, Juls, no... —suplica.

Pero ya es tarde. Me doy la vuelta y corro en dirección a mi coche. Consigo abrir la puerta con la mano temblorosa antes de lanzar el bolso en el asiento copiloto. El contenido se desparrama por todas partes y, nerviosa, arranco. Puede que la traición haya sido muy grande, pero pienso hacer que la venganza tenga la misma

magnitud.

Lo que no imaginaba es que ellos tendrían el tiempo suficiente para salir detrás de mí y... detenerme.

Tic, tac, tic, tac...

—¿Has desbloqueado tus recuerdos, Julie?

Abro los ojos como platos. Están encharcados y tiemblo de pies a cabeza.

—Sí, los he desbloqueado.

La doctora Everson sonrío, satisfecha por el buen trabajo que ha realizado y yo... yo solamente pienso que hubiera sido mejor no haberlo recordado. Puedo superar que Mj y Phoebe estén juntos. Puedo superar que me engañaran y me lo ocultaran. Pero creo que jamás podré superar que estuvieran a punto de quitarme la vida.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres hablar del momento en el que se produjo el accidente?

Sacudo la cabeza, negando.

—Si le parece bien, doctora, prefiero dejarlo por hoy —consigo decir mientras me seco el rostro con la manga del jersey.

Mi teléfono suena.

Pero esta vez no es el nombre de Phoebe el que se ilumina en la pantalla. Es el de Mj. Y esta vez no soy yo la que va al volante, es Brett.

—¿Vas a ir a la policía? —me pregunta con la voz seria.

—No —respondo con convicción—. No quiero meterlos en la cárcel.

Ignoro la llamada con un nudo en el estómago.

—Julie... lo que me has contado es grave, muy grave. Estamos hablando de intento de asesinato.

—No fueron conscientes de lo que estaban haciendo... No querían matarme —les defiende, aunque en el fondo el odio que siento por ellos es tan profundo que ni siquiera sé cómo consigo comprender mi temple—. Puede que hicieran mal las cosas y puede que no sean buenas personas, pero no son presuntos asesinos ni nada del estilo.

Brett aprieta el volante entre sus manos y se mantiene en silencio, muy serio.

—No quiero decirlo, pero...

—No lo digas —le advierto, porque sé muy bien lo que va a decir—. Vamos a dejar el tema, ¿vale? En lugar de hablar de eso, puedes contarme qué vamos a hacer y a dónde estamos yendo.

Llevamos casi dos horas en la carretera y no sé me ocurre hacia dónde nos dirigimos.

—Julie, te han dejado en silla de ruedas... Se merecen un castigo —dice, finalmente, ignorando por completo mi petición.

Cojo aire profundamente, hinchando mis pulmones y sintiendo cómo mis costillas se expanden.

—Lo sé —admito con la voz ahogada—. Lo sé. Sé perfectamente lo que han hecho.

Brett me mira de reojo sin comprenderme.

Sé que está confuso.

—Y, ¿entonces? ¿Por qué no lo haces?

Me quedo en silencio, sopesando una respuesta que sea lógica. Por muchas vueltas que le dé, no se me ocurre ninguna.

—Todavía le quieres, ¿verdad? —insiste Brett.

Se refiere a Mj.

Me quedo pensándolo unos instantes y, al hacerlo, me doy cuenta de que sí. Todavía le quiero. Todavía me importa. Pero ya no es como antes. Ya no siento el extraño cosquilleo que provocaba en mi estómago porque, ahora, quien causa ese cosquilleo es otra persona.

—Sí, todavía los quiero —admito, pluralizando—. Phoebe ha sido como una hermana para mí. Y Mj era mi... mi mitad.

—Vaya... —murmura él, aún centrado en la carretera—. Te han engañado, te han traicionado, te lo han ocultado, han estado a punto de matarte y te han dejado en una silla de ruedas. Puede que no vuelvas a caminar jamás, ni a correr...Pero tú has decidido perdonarles.

Mi móvil vuelve a sonar. Es Mj, de nuevo.

Cojo aire profundamente mientras decido responder la llamada.

—¿Qué quieres? —pregunto sin andarme con correos.

Brett se queda en silencio e, intuyo, su concentración se desvía de la carretera a la llamada. Quiere escuchar lo que estamos diciendo.

—Phoebe y yo lo hemos dejado. Hemos cortado —suelta a bocajarro, también sin andarse con rodeos.

—Mj, no me debes ninguna ex...

—Quiero que sepas que siento mucho todo el daño que te hemos hecho, que te extraño y... que te quiero, Julie. Siempre hemos sido un equipo, ¿no? Siempre hemos sido Juls y Mj —me recuerda con un tono de voz nostálgico mientras Brett pone los ojos en blanco—. Sé que tú ahora no lo ves de esa forma...

—Yo ya no te quiero, Mj —le corto, impidiéndole que continúe divagando—. O, al menos, no de la forma en la que te quería antes.

Él se queda en silencio al otro lado de la línea y yo espero con paciencia, mientras siento la profunda mirada de Brett taladrándome. El sol se cuele a través de la luna delantera, cegándome.

—¿Ya no me quieres? No digas que...

—Lo sé todo. Lo recuerdo todo, Mj —vuelvo a interrumpir, esta vez con el corazón en un puño—. Recuerdo el accidente. Aunque, en realidad, no sé si debería llamarlo de esa forma...

Él vuelve a quedarse en silencio un rato largo, justo antes de explotar y echarse a llorar sin control.

—¿Qué...? ¿Qué recuerdas? —me pregunta con congoja.

—Todo —confieso—. Lo recuerdo todo, Mj.

Brett me mira de reojo justo antes de marcar el intermitente derecho. Un cartel enorme señala que faltan menos de cinco kilómetros para llegar al aeródromo.

Frunzo el ceño y le miro, sin comprender nada. ¿A dónde pretende llevarme? ¿Qué diablos hacemos en un aeródromo?

Mj solloza a través del auricular y yo, con el corazón en un puño, decido que ha

llegado la hora de perdonarle de verdad y decir adiós. De borrar el odio que siento por ellos y de quedarme solamente con los buenos recuerdos que compartimos cuando ambos aún éramos felices.

—Sabes que fue un accidente, ¿verdad?

—Sé que no pretendíais hacerme daño —le digo muy seria—. Y sé que no sois malas personas, a pesar de todo. Pero quiero pasar página, Mj... Quiero que desaparezcáis de mi vida, olvidarlo todo y empezar de cero. Intentar ser feliz con lo que ahora tengo.

Brett detiene el coche en una explanada y, con el motor apagado, agudiza su audición para intentar captar lo que mi interlocutor me dice.

—No queríamos hacerte daño... —repite Mj, sin dejar de sollozar.

—Y supongo que esa es la razón por la que os perdono —le digo, muy seria—. Tengo que colgar, Mj. Espero que puedas ser feliz y que tu vida sea maravillosa.

Y, sin decir nada más, corto la llamada.

Brett parece estar a punto de fulminarme con la mirada.

—Se merecen un castigo, Julie... Se merecen pagar.

Por primera vez desde que me he despertado del coma, siento una paz mental que hasta ahora no había podido disfrutar. Me siento tranquila, serena y... feliz. Y supongo que el chico que tengo a mi lado tiene mucho que ver, sí. Esta vez no es una falsa felicidad como la que Mj proyectaba en mí. Tampoco es una dependencia sin sentido o algo irracional. Es algo sano, algo bonito y sincero que crece en mi interior cuando miro a Brett. Y es agradecimiento. Mucho y sincero. Él me ha enseñado que ninguna silla de ruedas puede quitarme las ganas de vivir.

—Aunque no te cueste entenderlo, ellos ya tienen su castigo —le digo, justo antes de inclinarme hacia él.

Sujeto su rostro entre mis manos y, armándome de valentía, le beso. Es un beso profundo, sincero, húmedo y sensual. Un beso de complicidad y un beso de esperanza. Un beso que significa todo y que, aunque se da desde la nada, es capaz de crear mucho. Su derecha se posa en mi cintura y la izquierda en mi nuca. Su lengua baila con la mía, mostrándole un nuevo baile de vals tan sincero y tierno como romántico y pasional.

—Eres la persona más increíble que he conocido jamás —ronronea sin separar sus labios de los míos.

Y, cuando me dice eso, comprendo que me ve. Brett es capaz de verme tal y como soy. No ve a una pobre lisiada ni a una chica perdida, no. Brett ve mi interior. Mi yo más profundo. Igual que yo le veo a él.

—Ahora... ¿vas a decirme qué hacemos aquí? —pregunto con una risita, separándome de él.

Él suelta una carcajada mientras que, divertido, señala un avión que está estacionado a medio kilómetro de nosotros.

—¿Vamos a volar?

Él sacude la cabeza.

—Voy a enseñarte a volar. Es algo muy diferente —dice, justo antes de guiñarme un ojo.

## El día que mi corazón quedó en paz...

El día que mi corazón se quedó en paz con el mundo y decidió perdonar fue el mismo día que descubrí que saltar de un avión y sentirme como un pájaro, libre y fugaz, podía proporcionar la misma adrenalina o más que correr una maratón o que llegar al final de un largo con la respiración entrecortada. Brett, aquel día, me enseñó mucho más que a volar.

Desde entonces han pasado veinte años.

Yo terminé mi carrera a la distancia mientras intentaba recuperar mis piernas. Y recuperé gran parte de ellas gracias a él. Aún no puedo correr una maratón ni consigo subir las escaleras de la casa de mis padres, pero consigo apañármelas sin ayuda y sentir el dedo gordo de mis pies.

Brett heredó la enfermedad que tanto temía y hace dos años aproximadamente que está en una silla de ruedas, como yo. Es algo con lo que contábamos y algo que no le ha trastornado en absoluto. Si existía en este mundo una persona capaz de afrontar algo así con perspectiva, era él.

Porque tal y como siempre me había dicho... El mundo siempre es y será una cuestión de mirar con mucha perspectiva.



FIN

## NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,  
Christian Martins.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti  
Solo tuya  
Besos de carmín  
Mi último recuerdo  
Escribiéndole un verano a Sofía  
Nosotras  
Secretos 1, 2 y 3  
Saga "Una noche":  
Una noche Dorada  
Una noche Contigo  
Una noche Nuestra  
Una noche Perfecta  
Una cosa de locos  
Yo no soy tu vampiresa  
Yo soy tu vampiresa  
Nuestros días  
La chica que se llamaba como un cometa  
Un "te quiero" por Navidad  
Mi protector  
Su protegida  
Ave Fénix  
Donde nacen las estrellas  
Una guerra del pasado  
Olivia y su caos  
Siempre Contigo  
Un hombre de negocios  
Isla de Plata  
¡Lo que tú digas!  
¡Cómo tú quieras!  
¡A tus órdenes!  
El rescate  
El laberinto  
Luna de gato  
Magena  
Denahi  
Hinun  
Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York  
La vida de Dani  
El amor está en la toalla de al lado  
¡Ni me toques!  
El libro de Joe Byers  
El corazón de Joe Byers  
Con cariño, para Sailor's Rest  
Te había soñado  
El viaje no soñado  
¿Tú?  
Tú mi deseo, yo tu capricho  
Un pitcher en mi corazón  
Un pitcher solo en mi corazón  
Sabor a caramelo  
Sabor a chocolate  
El consultorio  
Un caballero, por favor  
Donde nadie me encuentre  
Mil razones para odiarte  
Nunca digas tu nombre  
Texas no suena mal  
Enséñame a volar